

# Marie

*A la  
sombra  
del león*



Jerry Piasecki

Una novela humanitaria



Naciones Unidas

# Marie

*A la sombra del león*

Una novela humanitaria

Jerry Piasecki

Ilustraciones y diseño de Felicity O. Yost  
Unidad de Diseño Gráfico  
Departamento de Información Pública

Traducido por Sergio Martínez Arango, Alejandra Perucha Martínez  
Carmen Pascual Ochoa, Carmen Berrazueta Gómez  
y Verónica Fernández Camarero  
Facultad de Traducción y Documentación  
Universidad de Salamanca



Naciones Unidas  
Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios

**Publicación de las Naciones Unidas**  
**E-00-IV-9**

**ISBN 92-1-130210-2**

**(c) 2001 Naciones Unidas**  
**Todos los derechos reservados**  
**Impreso en los Estados Unidos de América**

# EL SECRETARIO GENERAL

## PRÓLOGO

### MARIE — A LA SOMBRA DEL LEÓN

Querido(a) amigo(a):

*El libro que estás a punto de leer es una obra de ficción, pero la historia que narra es cierta. Lo que le sucede a Marie, les ocurre a muchísimos jóvenes que se ven atrapados en conflictos que destruyen sus comunidades y sus países. Pasa todos los días del año. Puede producirse en cualquier lugar del mundo.*

*La historia de Marie quizás te turbe e incluso te alarme. Sin embargo, ésa es la intención. Es normal que te inquiete el que cosas tan brutales le sucedan a personas inocentes. Debemos hacer uso de nuestro sentido de la indignación para detenerlas.*

*Tú, como uno de los líderes del mañana, tienes el poder de cambiar las cosas. La elección es tuya. Espero que tu generación sea la primera en permanecer unida contra el mal, la injusticia, el odio y la indiferencia, y que diga bajo una sola voz: basta ya y nunca más.*



Kofi A. Annan

*Si no tapas los agujeros que  
las hormigas hacen en tu suelo,  
pronto tendrás agujeros lo suficientemente  
grandes para las ratas,  
que destruirán tu propiedad.  
Si no tapas los agujeros que hacen las ratas,  
pronto tendrás agujeros lo suficientemente  
grandes como para las serpientes,  
que te quitarán la vida.*

Una madre africana

**CAPÍTULO**

# **1**



# M

arie Ngonga tenía 13 años. Tan sólo faltaba un mes para su cumpleaños, hecho que recordaba a sus amigos todos los días. Sin embargo, aquella mañana Marie estaba ocupada en otros asuntos. Con sumo cuidado, dibujaba un círculo sobre la tierra junto a la puerta del pequeño edificio de ladrillo de escoria que hacía las veces de escuela y que, cuando era necesario, servía a las gentes del poblado para refugiarse de los cohetes o las descargas de artillería que caían cerca. Marie sabía distinguir entre el sonido que unos y otros hacían antes de impactar y explotar contra el suelo. Todos sus amigos sabían.

—Ahora mirad atentamente —dijo a sus compañeros de clase, que oscilaban entre los cinco y los quince años de edad.

Marie tomó el afilado palo que había utilizado para grabar el círculo sobre el polvoriento suelo y excavó dos pequeños agujeros, próximos entre sí, hacia la parte superior. Seguidamente, trazó una línea desigual en la parte inferior.

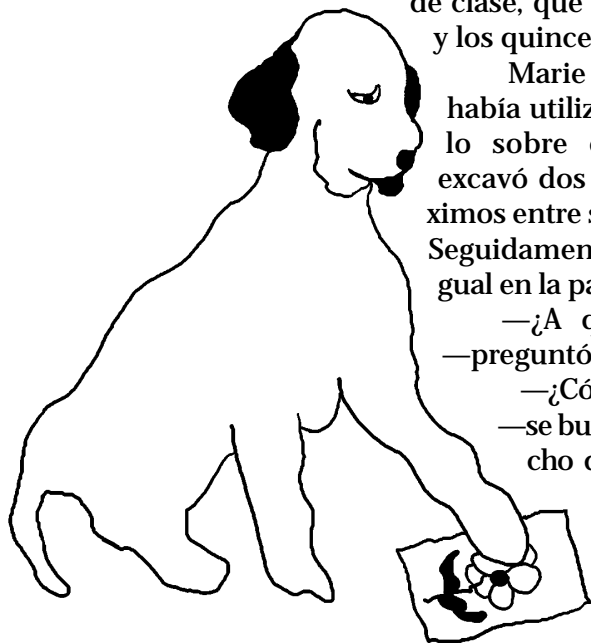
—¿A quién estoy dibujando?

—preguntó.

—¿Cómo lo vamos a adivinar?

—se burló y rió Joseph, un muchacho de catorce años que era el mejor amigo de Marie—. Eres la peor dibujante de todo el poblado.

—No lo soy —protestó ella.



—*El perro de Agnes dibuja mejor.*



—Eso no es cierto —intervino Agnes, su segunda mejor amiga.

—Gracias —Marie cruzó los brazos y sacó la lengua a Joseph.

—¡Mi perro dibuja mucho mejor! —señaló riéndose con todos los demás, incluyendo a la artista.

—Vale, bien —dijo Joseph al final examinando con detenimiento el círculo con los dos agujeros por ojos y la línea torcida por boca—. Pero si quieres que lo adivinemos nos tendrás que dar una pista.

—¿Una pista? Por supuesto —Marie tomó la roca más grande, puntiaguda, fea y sucia que pudo encontrar y la dejó caer en el centro del círculo.

—¡El señor Alazzar! —gritaron y rieron todos los estudiantes. La nueva nariz hizo que el retrato fuese perfecto.

—¿Qué sucede? —el señor Alazzar, que era el maestro, y su nariz aparecieron por la puerta de la escuela. Todos se quedaron helados de miedo.

—Oh, nada, señor —respondió Marie sin aliento—. Sólo llamábamos para ver si ya era la hora de retomar las clases.

—¡Ummm! —refunfuñó el señor Alazzar como sólo él sabía hacer—. Pues sí, ya es la hora. ¡Ahora mismo!

Los estudiantes comenzaron a caminar en dirección al edificio. Antes de unirse a ellos, Marie tomó el palo y apresurada dibujó dos grandes cuernos en la parte superior del redondel.

—Señorita Marie, ¿sería usted tan amable de hacernos el honor de unirse a la clase esta misma mañana? —gritó el maestro aproximándose a ella desde el edificio—. ¿Se puede saber que estaba usted dibujando?

Al acto, con ayuda del pie, la muchacha cubrió su obra con tierra y corrió hasta alcanzar al resto de sus compañeros.

—Tan sólo practicaba matemáticas.

—Bueno, entonces podrá impartir la clase en la siguiente hora. ¡Apresúrese! —el señor Alazzar se giró y caminó rápido de vuelta al edificio.





—¿A qué crees que se parece más, a un chivo o a una gallina? —preguntó la joven a Joseph dándole alcance—. A mí me parece más un chivo —afirmó Marie muy seria intentando no dejar escapar la risa.

—¡Chsss, Marie! —susurró su amigo mientras caminaban—. Algún día nos meterás a todos en un problema grave.

—No me preocupa —añadió ella.

—¿Y por qué no?

—Por que si eso sucede, te tengo a ti para protegerme.

La muchacha le propinó un ligero y amistoso empujón. Sin quererlo, el gesto fue lo suficientemente fuerte como para hacer que Joseph tropezase con una piedra y se precipitase al suelo. Mientras rodaba, una nube de polvo marrón se levantó a su alrededor; al mismo tiempo el señor Alazzar sacó la calva por la ventana.

—Señor Joseph, ¿desea que tenga otra conversación con usted cuando terminen las clases?

—¡No, señor! Es que he tropezado. Lo siento, señor. —Joseph recordaba la dolorosa azotaina que recibió con la “palmeta de aprender” del señor Alazzar cuando éste le sorprendió tirando una piedra a Marie, quien justo un segundo antes se la había lanzado a él.

—La semana pasada tuve que enseñarle modales, ¿quiere que ahora le enseñe equilibrio también?

De un salto el muchacho se puso en pie y se sacudió los brillantes y azules pantalones cortos de fútbol, así como la resplandeciente elástica roja.

—No necesito más lecciones, señor. Gracias.

—Ya lo veremos —amenazó el maestro desapareciendo tras la ventana mientras Marie rompía a carcajadas.



—Un chivo —dijo  
ella.

Definitivamente  
se parece a un

*chivo*



—Éste es el motivo por el que las chicas de tu edad deberían estar en casa cocinando con sus mamás, en lugar de en la escuela causando problemas a los chicos —protestó Joseph dándose media vuelta y caminando delante de ella.

—Mi mamá sabe cómo cocino —gritó Marie tras él.

—¿Y?

—Pues que por eso me obligan a venir a la escuela.

Marie era la más joven de los seis hijos de la familia: cuatro chicas y dos chicos. Sus dos hermanos y una de las her-



manas eran adultos y se habían ido a vivir a la gran ciudad. Sus otras dos hermanas mayores ayudaban a su madre con las tareas del hogar, al tiempo que hacían planes para el día en el que un hombre pagase a su padre una dote por la novia, y así crear sus propias familias.

En cierta manera, Marie se salía un poco de lo común, pues sus sueños no eran los mismos que los de la mayoría de las chicas del poblado. Ella quería leer y le encantaba aprender. Tenía un secreto deseo, y era que quizás algún día podría enseñar o, tal vez, escribir una historia o un libro. A veces volvía locos a sus padres con incesantes preguntas y con sus bromas. Ellos querían a todos sus hijos por igual, aunque sabían que el talento de su pequeña podría llevarla por caminos diferentes a los del resto.

Cuando Joseph y sus amigos se lo permitían, a Marie le encantaba jugar al fútbol con los muchachos; una vez hasta marcó un gol al mejor guardameta de la zona. Después de aquello no le dejaron jugar durante meses.

Marie también era una gran nadadora. Ella y Joseph solían escaparse y pasaban horas en el río o en el lago más cercano. Era su secreto. Si se hubiesen enterado, los chicos habrían llamado niña a Joseph y las chicas habrían pensado que Marie estaba loca.

Marie era preciosa. Su piel suave y sedosa era del color del cremoso chocolate amargo; sus ojos brillaban igual que estrellas de caramelo chispeantes; llevaba el largo cabello recogido hacia atrás con las horquillas que le habían regalado en su último cumpleaños. Cuando Marie sonreía, los demás también lo hacían, a no ser que el otro resultase ser el señor Alazzar.

—La señorita Marie dará hoy la clase de matemáticas —anunció el señor Alazzar con aires de arrogancia—. ¿No es así, señorita Marie?

Ahora la joven lamentaba profundamente la excusa que había elegido. No se le daban nada bien las matemáticas. Caminando lentamente hacia la pizarra miró al maestro y



sonrió. Éste frunció el ceño y señaló hacia el encerado. Allí había escrito cuatro problemas de matemáticas.

—Queremos soluciones, señorita Marie.

La muchacha dudó.

—¡Ahora!, si no le importa —ordenó al tiempo que daba golpecitos con el pie.

Marie sabía dos de las respuestas e intentó adivinar las otras.

—Dos bien y dos mal —dijo con un mal gesto en la cara el señor Alazzar, a quien nunca le había entusiasmado la idea de que las muchachas que tuviesen más de diez años asistieran a la escuela—. Creo que tendrá usted que pasar más tiempo practicando sobre el suelo.

Entonces, el maestro se acercó con paso firme a la pizarra, borró los problemas y los sustituyó por otros cuatro.

—Señor Joseph, ¿por qué no le demuestra a la señorita Marie cómo se resuelven estos problemas?

Joseph era muy bueno en matemáticas.

—Dos bien ... y dos mal —aclaró el señor Alazzar después de que el estudiante hubo terminado su trabajo—. Muy bien, señor Joseph.

Cuando éste regresaba a su pupitre junto a la quincha, la pared de cañas y barro que separaba a los estudiantes más jóvenes de los mayores, Joseph lanzó un guiño a su amiga, quien dibujó sobre sus labios la palabra “gracias”.

El señor Alazzar sacó un libro de inglés de la caja de cartón que tenía pegada a la pared de la cabecera del aula.

—Ahora vais a practicar vuestro vocabulario de inglés. Robert os guiará.

El maestro entregó el libro a Robert, quien casi con dieciséis años era el mayor de la escuela. El señor Alazzar se dirigió entonces al otro lado de la quincha para impartir clase a los estudiantes más jóvenes, quienes estaban bajo la vigilancia de una de las madres-ayudantes que le asistían.



Tan pronto hubo salido el maestro,

*Robert se hizo pasar por el señor Alazzar, pavoneándose alrededor de toda la sala como una gallina*

mientras pronunciaba palabras en inglés para que sus compañeros las repitiesen.

Marie cambió de opinión: ahora le parecía más una gallina que un chivo. Tuvo que morderse la mano para evitar la risa. Desde bien pequeño, Robert siempre le había hecho reír. Era uno de los muchachos más desgarbados. Solucionaba los problemas con otros haciéndoles reír en lugar de meterse en peleas. Por lo que recordaba Marie, Robert nunca había luchado con nadie.

Si Robert tenía algún defecto, éste era que a veces abusaba de su humor. En lugar de seguir leyendo palabras en inglés mientras se pavoneaba por la clase, el joven comenzó a cacarear.

—¡Robert! —gritó el señor Alazzar desde el otro lado de la quincha—. ¿Qué estás haciendo?

—Estooo... ¡enseñando inglés, señor!

—¿Y qué tipo de inglés es ése?

—Ehhh, ¡inglés para gallinas?

La carcajada se desvaneció en cuanto el señor Alazzar irrumpió desde el otro lado de la separación.

Robert fue expulsado y enviado a casa, aunque a él no le pareció un castigo. De hecho, le encantaba la idea de perderse la parte del día más calurosa, momento en el que la temperatura podía llegar a alcanzar los cuarenta grados dentro de la escuela. El tejado de hojalata recogía el calor y las paredes de hormigón lo acumulaban.



Todos los jóvenes del poblado asistían a la escuela en el mismo edificio, el cual tenía una sola habitación. Los estudiantes menores de nueve años se sentaban a la izquierda de una mampara hecha de juncos y paja, y los mayores lo hacían a la derecha. La parte izquierda era más grande, ya que había 42 estudiantes repartidos casi por igual entre chicos y chicas. En la parte de la derecha había dieciocho chicos por tan sólo cuatro chicas. Al resto de las jóvenes del poblado las habían sacado de la escuela para ayudar a sus madres.

Rara era la vez en la que el señor Alazzar se mostraba agradable, y casi nunca simpático. Aquel día, tras el descanso, parecía nervioso o fuera de sus casillas. Dos hombres, a quienes no reconocieron los estudiantes, habían entrado en la escuela tan pronto como los niños habían salido afuera en la hora del recreo.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Marie sin que nadie le supiese responder—. ¿Y qué quieren?

—Sólo hay una manera de averiguarlo —Joseph se acercó sigilosamente al edificio y echó una mirada. Vio al señor Alazzar hablando con los hombres y después dándoles algo de dinero. En cuanto les pagó, los desconocidos se marcharon y Joseph corrió de vuelta.

—¿Qué has visto? —preguntó su amiga.

—No lo sé. Los hombres le dijeron algo y él les dio dinero. Eso es todo —contestó Joseph.

—Pero, ¿por qué? —se sorprendió ella.

—¿Cómo lo voy a saber? Si tan interesada estás, ¿por qué no entras a preguntárselo?

—¿Y por qué no tú? —sonrió con complicidad Marie.

—Porque me gustaría llegar a cumplir los 15 años si no te importa.

Antes de que la chica pudiese añadir algo, el señor Alazzar llamó a todo el mundo para que regresasen al edificio. A partir de esos momentos, cada vez que sonaba la bocina de algún camión o que pistoneaba el motor de algún automóvil, el profesor saltaba y miraba a través de una de las



pequeñas ventanas. Al final, alegando que hacía mucho calor, el maestro dejó a todos los alumnos que se marcharan a casa temprano. Nadie preguntó por qué, aun cuando siendo aquel día muy caluroso, se trataba en realidad de la jornada más fresca de al menos el último mes.

—¡Fuera, fuera, fuera, fuera, fuera! —gesticulaba una vez tras otra el señor Alazzar apresurando a todos los estudiantes hacia la puerta.

—Id a vuestras casas y ayudad a vuestras madres.

Marie y Joseph fueron los últimos en salir. En cuanto estuvieron fuera ella se giró para preguntar si iban a tener algún examen al día siguiente, pero el señor Alazzar cerró la puerta sin contestar. Acto seguido, el maestro echó los postigos de madera de las ventanas.

—¡Qué extraño! —dijo Marie.

—Así es el señor Alazzar —sentenció Joseph encogiéndose de hombros.

—Es cierto —añadió ella—. Te echo una carrera hasta casa.

El muchacho miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los chicos había escuchado el desafío de su compañera. Con la respiración contenida susurró:

— “¡Listos ... ya!”. Los dos salieron disparados en direcciones opuestas.

Las familias de Marie y Joseph habían vivido al lado durante casi diez años. Sus casas eran idénticas. Sólo les diferenciaba el hecho de que el tejado metálico de la casa de la chica era rojo y el de la otra era azul. Sus familias las construyeron al mismo tiempo. Lo hicieron con ladrillos de escoria que luego recubrieron con hormigón. Cada hogar tenía tres habitaciones: una grande que servía de sala de estar, comedor y cocina; las otras dos piezas eran los dormitorios, uno para los padres y otra para los hijos. Los suelos eran de tierra, aunque tenían pensado cubrirlos de cemento de ahí a un año. Las familias compartían un pozo que habían excavado entre el padre de Joseph y el de Marie, y cada una tenía también su propio excusado exterior en la parte trasera.



Las casas estaban en lo alto de una pequeña colina que ofrecía una panorámica sobre el poblado. Había dos caminos que conducían hasta arriba, uno que subía desde la derecha y otro desde la izquierda. Marie corría por uno y Joseph por el otro. Los dos habían tomado rutas diferentes desde la escuela, pues Joseph no quería que le viesen correr con una chica.

Ella avanzaba cuesta arriba todo lo rápido que podía. Estaba en cabeza. Iba a ganar. A mitad de camino vio la cara de Joseph intentando alcanzarla. Marie redujo el ritmo y el muchacho se impuso, vencéndola por no más de un metro.

—Algún día te venceré —jadeó ella simulando no tener aliento.

—¡Eso es mucho decir para una chica!

—Quizás estés en lo cierto —dijo Marie—. Eres muy rápido ... para ser un chico.

—¡Soy un hombre!

Marie salió como una flecha en dirección a su casa.

—Adiós, ¡chico, chico!

—¡Hombre, hombre, hombre! —repitió en voz alta Joseph tras de ella.

La madre de Marie removía una gran olla sobre la cocina de leña.

—Sabes que no deberías burlarte de él de esa manera. Los hombres son unas criaturas muy extrañas y nosotras, las mujeres, debemos apoyarles, ayudarles a que se sientan fuertes.

—Pero mamá —rió la hija—, ése no es un hombre, es Joseph.

—Algún día será un hombre y cambiarás de opinión —añadió la madre al tiempo que probaba lo que contenía la olla.

—¡Nunca!

—Ya veremos, ya veremos —susurró.





La casa de Marie olía a cebollas, patatas, pollo y especias. Su madre y sus hermanas estaban preparando el plato preferido de la pequeña, sopa de pimienta y arroz.

—¿Y qué has aprendido hoy en la escuela, Marie? —preguntó el padre mientras comían. Durante la cena, todos los miembros de la familia Ngonga tenían que contar cómo les había ido el día—. ¡Algo útil, espero!

—Ha aprendido cómo echar carreras con chicos —interrumpió con tono sarcástico Carmella, la hermana de quince años.

—Eso podría ser útil, ¿no? —arguyó el padre intentando ocultar una sonrisa.

—No si quieres encontrar marido —se quejó la hermana mayor, Roseta, que tenía 16 años.

—Le dejé ganar, ¿no es verdad? Y además, yo no quiero buscar nada, y menos un marido.

El padre de las muchachas parecía muy preocupado. Miró fijamente a su esposa, a la que conocía desde que eran niños.

—No, amor mío —intervino la madre, recordando las carreras que había hecho hacía ya muchos años—. Yo nunca te dejé ganar.

—Bien, bien —suspiró el padre de Marie y continuó comiendo.

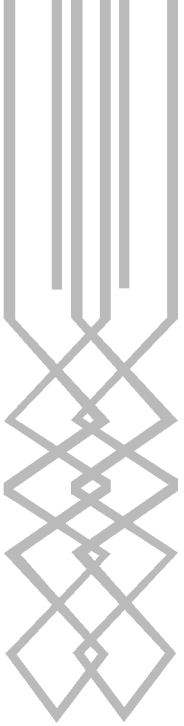
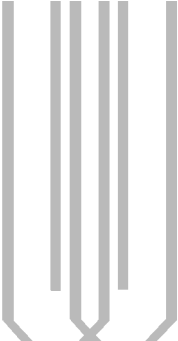
En aquel instante fue la madre de Marie quien tuvo que esconder la sonrisa.

Tras la cena, Marie solía sacar agua del pozo y limpiar la cocina. Después llegaba la hora de estudiar. Si aún quedaba algo de luz, entonces iba a jugar con Agnes y con sus otras amigas. Era uno de sus momentos preferidos del día. Sin embargo, cuando comenzaban a formarse las sombras y se acercaba el crepúsculo, todos los juegos se detenían.

Marie tenía que estar en casa antes del anochecer. Todo el mundo tenía que estar en casa antes del anochecer.

**CAPÍTULO**

# 2



—¡A prisa, Marie! ¡Aprisa! —advirtió el padre a la pequeña. El sol estaba a punto de ponerse y la niña tan sólo había comenzado a subir la colina. En el umbral de la puerta de la casa, el padre esperaba mientras observaba el sol caer tras los árboles que había hacia el oeste.

—¡Marie, corre!

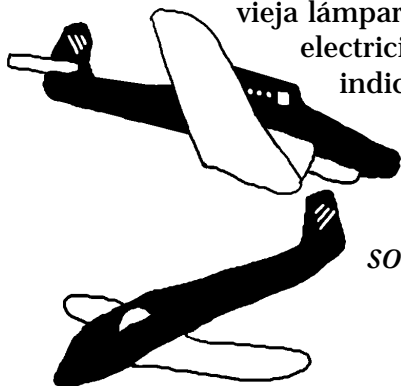
Aquel día, Marie no tenía tarea de la escuela que hacer. Así, visitó a Agnes después de terminar con las labores del hogar. Su amiga vivía al otro lado del poblado, un paseo de veinte minutos largos. Las dos habían estado hablando de su tema favorito: chicos. Ambas perdieron la conciencia del tiempo.

Marie movía las piernas tan rápido como podía. Ahora su carrera era contra la noche que se cernía implacable. Venció la joven, aunque por poco. Pasó corriendo por delante de su padre. Antes de cerrar la puerta, con llave y todo, éste echó un último vistazo hacia las sombras que todo lo cubrían.

Poco tiempo atrás, su padre había incrustado en la pared, a ambos lados de la puerta, unas puntas grandes de metal que dobló hacia arriba. Con la ayuda de su esposa, levantó un gran tronco de madera que estaba en el rincón y lo colocó sobre los hierros, bloqueando y asegurando la puerta.

Carmella y Roseta atrancaron los postigos de las ventanas abiertas, cortando así la brisa. Mientras tanto, Marie intentaba recobrar el aliento. Cuando el anochecer se convirtió en completa oscuridad, la madre encendió una vieja lámpara de queroseno. El poblado no tenía electricidad desde hacía un año, y no había indicios de que volviese a tenerla pronto.

*Marie había visto  
los dos reactores volando  
sobre el poblado...*



para lanzar bombas sobre la central eléctrica que se encontraba diez millas río arriba. Diez millas arriba el territorio pertenecía a los rebeldes, y había sido así durante años. Unos días después del bombardeo, un hombre del ejército dijo al jefe del poblado que la electricidad ayudaba a los rebeldes de la zona, y que la mejor idea había sido destruirla. También añadió, que el hecho de no tener electricidad era un pequeño sacrificio de los habitantes en tiempos de guerra por el que debían estar contentos.

El fuerte y dulce olor que desprendía el queroseno ardiendo inundaba la casa. Como de costumbre, la familia se reunió alrededor de la mesa antes de ir a dormir. Algunas veces rezaban, otras simplemente charlaban.

—Marie, lo que acabas de hacer es muy peligroso —advirtió el padre con calma pero con mucha seriedad.

—Padre yo...

El padre alzó la mano para indicar que guardara silencio. Ella sabía que aquel no era un gesto caprichoso.

—Marie, ¿sabes lo que podría suceder si estás ahí fuera de noche? —preguntó el padre pausadamente.

—Pero padre, llegué a casa a tiempo.

—Por poco. ¿Y qué hubiese pasado si te llegan a ver? ¿Y qué si te hubiesen seguido? ¿Qué si les hubieses atraído hasta aquí? ¿Qué te habrían hecho a ti? ¿Y a nosotros?

Los labios de la niña empezaron a temblar. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sabía muy bien lo que podría pasarle a cualquier persona que fuese sorprendida fuera por la noche. Empezó a llorar.

—Lo siento tanto, padre. No quería hacerlo ... no quería...

El padre extendió los brazos y ella corrió hacia ellos. Marie apoyó la cabeza contra el fuerte pecho de su progenitor. Él sentía cómo las lágrimas de su hija empapaban la camisa.

—Schhh, hija mía. Está bien. Ahora estamos seguros. No tengas miedo. Sólo es una lección que debes aprender. ¿Has aprendido?



—Sí padre. Lo siento —lloró.

*—No lo sientas mi  
pajarillo de la noche,  
tan sólo ten cuidado.*



Marie cerró los ojos. Su padre no le llamaba su pajarillo de la noche desde hacía mucho tiempo.

Las cosas habían sido tan diferentes cuando Marie era pequeñita. Ella recordaba cuando caminaba con su padre, los dos de la mano por la noche. Podía sentir el frescor de la brisa nocturna que una vez había acariciado su piel. Los dos juntos perseguían enjambres de luciérnagas e intentaban contar las estrellas. En una ocasión, Marie había cantado una canción mientras giraba sobre sí misma bajo la luz de la luna. Aquélla fue la primera vez que su padre le llamó su pajarillo de la noche.

Antes, la noche estaba llena de magia y misterio. La oscuridad cubría el poblado como una sábana de silencio que se rasgaba con algo que sonaba igual que millones de grillos. Pronto comenzaban a sonar los tambores.

Marie se enjugó las lágrimas y sonrió al recordar a su familia uniéndose a las gentes del poblado en las danzas que ya sus ancestros habían bailado desde tiempos inmemoriales. También se acordó de cómo se reía de su hermano



mayor, a quien todos consideraban, no sin razón, el peor bailarín de la zona. Una vez casi se cayó en medio de la hoguera al tropezar con un madero sobre el que estaban sentados los niños a modo de banco. Era el mismo tablón que ahora atravesaba la puerta bloqueándola contra cualquier intruso.

Parecían tan lejanos los días en que su padre la llevaba de vuelta a casa tras el baile. Ella solía esconder el rostro tras él para que los bananos no la atrapasen. La noche era el momento de los espíritus y de los monstruos imaginarios. Hoy aquellos monstruos eran muy reales.

*¡pum!*  
*¡pum!*  
*¡pum-pum-pum!*

El padre tiró a su hija al suelo. Al mismo tiempo, la madre y las hermanas buscaron refugio. Él apagó de un soplido la lámpara de queroseno.

¡Quietas ahí abajo! —ordenó el marido.

La habitación estaba tan oscura, que no veían absolutamente nada. Con todos los postigos de las ventanas herméticamente cerrados, no había suficiente luz para poder ver. A Marie esto era lo que más le asustaba.

*¡pum!*  
*¡pum-pum-pum!*

Una fuerte explosión siguió a los disparos.



*¡pum-pum!*

Los Ngongas esperaban más tiros. Pasaron segundos que parecieron minutos. Después minutos que parecían horas. La oscuridad estaba llena de un silencio estremecedor.

—¿Ya ha terminado? —susurró Marie.

El padre se levantó lentamente, caminó hacia una de las ventanas y miró de refilón por debajo de los postigos.

—Creo que sí.

*La luz de la luna llenó la habitación.*



Nadie levantaba la voz.

—¿Puedo encender la lámpara? —preguntó la madre.

—No, esta noche no —contestó él a la vez que cerraba los postigos.



—¿Entonces nos podemos ir a la cama? —quiso saber Carmella.

—No. Esta noche vamos a dormir aquí.

—¡No, padre! —protestaron Roseta y Marie en voz alta.

—¡Silencio! —ordenó el padre en algo que parecía más un grito que un susurro—. Todavía podrían estar cerca. Ahora obedeced. Sin más palabras, las muchachas se arrastraron a cuatro patas hasta su habitación. Allí tomaron las sábanas de sus camas. Así como el día en África puede ser asfixiante, la noche a veces es heladora. Permanecieron tumbados sobre el suelo. Una semana atrás, una bala había atravesado uno de los postigos de la habitación de las hijas e impactó justo encima de la almohada de Marie. Las tres hermanas odiaban dormir sobre el sucio suelo. Tenían miedo de las hormigas, de las ratas y de las serpientes.

Marie se despertó en mitad de la noche. Había escuchado pasos y voces apagadas. Gateó hasta la ventana de la parte delantera de la casa. En silencio, entreabrió el postigo y se quedó aterrada, paralizada del miedo. De repente, se vio frente a la espalda de un hombre. Llevaba una camiseta de camuflaje y una cartuchera.

Tenía una boina negra sobre la cabeza y apestaba a fango y podredumbre.

—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! —se repetía hacia sus adentros a medida que cerraba el postigo sin hacer un solo ruido.

Marie se apoyó sobre la pared de hormigón, entre la ventana y la puerta. Mantuvo la respiración y rezó. De nuevo escuchó las voces. Se desplazaron hacia la puerta. Vio cómo empezaba a girar lentamente el pomo de la misma.

—¡No, no, no, no, no, no!

Alguien empujó desde afuera. Marie estaba a punto de chillar pero su padre saltó y le cubrió la boca con la mano. Se llevó el dedo anular hacia los labios para pedirle que se mantuviese en silencio. De nuevo un empujón. Y un tercero más. Escucharon a alguien que juraba y, seguidamente, un sonido metálico que arañaba la puerta de madera.





Al final, los pasos comenzaron a alejarse hasta que desaparecieron. La familia entera se unió en un fuerte abrazo.



*El padre  
se separó  
del grupo  
para mirar  
de nuevo  
bajo  
el postigo.*

Emitió un ligero suspiro e intentó no temblar. Una docena de hombres, todos con armas, caminaban por la colina abajo alejándose de la casa. Con ayuda de la luz de la luna, pudo distinguir a casi una centena de ellos abajo en el poblado.

—¿Qué ves, padre? —preguntó Marie.

Entonces él se apartó de la ventana.

—Nada, hija mía. Nada.



**CAPÍTULO**

**3**



Las iniciales

# EPL

habían sido talladas toscamente sobre la puerta de los Ngonga. Significaban Ejército Popular de Liberación, uno de los grupos

rebeldes que luchaban contra el Gobierno.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Marie a su padre cuando inspeccionaban la puerta a la luz de la mañana. No habían osado mirarla hasta que no fuese de día.

Él pasaba la mano por encima de las letras. Por un momento, a la hija le pareció distinguir una mirada de horror en los ojos de su progenitor. Sin embargo, éste disimuló desplegando una sonrisa bien grande y agitando la cabeza.

—Tonterías, eso es todo, nada más que tonterías. Muchachitos jugando a ser soldados. Ahora ve a la escuela. Aprende algo útil hoy, ¿de acuerdo?

—Si insistes —bromeó la hija.

—Insisto. ¡Venga! Y no eches carreras a los chicos —rió.

Bajo la luz del sol, la sonrisa del padre espantó a todos los demonios y los miedos.

—Tienes razón, nada de chicos —afirmó Marie cuando comenzaba a descender por el camino—. Necesito un desafío aún mayor —añadió, al tiempo que volvía la mirada hacia su padre lo suficiente como para verle pasar de nuevo la mano sobre aquellas letras, y percatarse de que ya no sonreía.

El aire de la mañana era frío y transparente como el cristal. En una hora el calor del día lo invadiría todo, aunque todavía prevalecía el frescor del amanecer. Era el momento del día que más le gustaba a Marie. La espesa vegetación sobre la ladera parecía incluso más verde, y el cielo adquiría el más brillante de los azules. El olor a uvas y naranjas se entremezclaba con el perfume de las infinitas y sempiternas flores.



Para ella, ésa era la verdadera África. Una tierra de incomparable esplendor y belleza.

—¡Aparta del camino!

Marie había estado observando un pájaro rojo y amarillo que volaba en círculos sobre el cielo azul. No se percató de que ahora caminaba por la sucia y polvorienta carretera del final de la colina. El soldado que conducía el jeep hizo sonar el claxon. El atronador sonido provocó que el sueño se desvaneciera.

Había cinco soldados en el automóvil. Uno de ellos iba de pie junto a una ametralladora montada en la parte trasera. Todos miraron a la chica, de pies a cabeza, a medida que pasaban de largo. Marie atravesó corriendo la carretera antes de que le alcanzara el segundo coche.

*Odiaba la manera en que los militares habían fijado su mirada en ella.*

Siempre hacían lo mismo. La muchacha no paró de correr hasta que llegó a la escuela. Allí vio a todos sus compañeros esperando delante de la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó al unirse al grupo.

—No lo sabemos —contestó Joseph—.

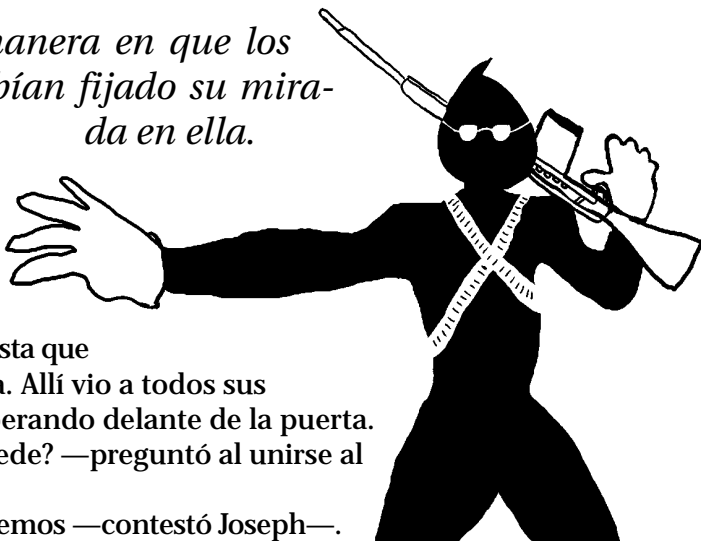
El señor Alazzar no ha llegado todavía.

—¿De veras? Quizá se le ha hecho tarde —añadió ella.

—¿El señor Alazzar? —rió Agnes—. Puede que sea muchas cosas, pero desde luego lo que no es es un tardón.

—No se le ha hecho tarde; lo que ha hecho es largarse —advirtió Robert según llegaba corriendo para dar la noticia.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Joseph.



—Sólo que he oído que ha abandonado el poblado. También dicen que se ha llevado todas sus cosas.

—¿Y cuándo hizo eso? —interrogó un chico que se llamaba Frederick.

—Ayer. Antes del anochecer y de los disparos.

—Pero, ¿por qué? —quiso saber una muchacha llamada Anna—. Ha habido tiroteos muchas otras veces. ¿Por qué se iba a marchar esta vez?

—Creo que lo sé —afirmó Marie como pensativa—. De hecho, estoy segura de que lo sé.

—¿Y tú qué sabes? No eres más que una niña —se mofó Paul, uno de los chicos más grandes.

—Vale ya, Paul. Deja que hable —intervino Joseph.

—Eso sí que se les da bien a las chicas —prosiguió Paul—. Lo único que saben hacer es **hablar,**

**hablar,**

**h a b l a r ,**

**hablar,**

**hablar,**

**hablar,**

—¿Y qué estás haciendo tú? ¿Tú también eres una chica? —apuntó el amigo de Marie.

Paul se calló y la chica pudo continuar. Les contó lo que había sucedido la noche anterior. Cómo había mirado por la ventana y cómo había visto al rebelde delante de su casa. También les dijo lo que habían escrito en la puerta.

—¿Le pudiste oler? —Agnes arrugó la nariz en un gesto de asco—. ¡Puajjj!

Marie asintió con la cabeza.



—Creo que van a volver.

—Si gravaron eso sobre tu puerta, estas marcada —apuntó Paul. Se acercó a la joven hasta situarse nariz con nariz—. Seguro que van a volver. El EPL va a por ti, chica.

—¡Ya está bien! —Joseph empujó a Paul y le tiró al suelo—. No hables así.

Cuando este último estaba dispuesto a pelear, Paul simplemente sonrió.

—Y quizás también vayan a por ti, ¿eh? —continuó el muchacho mayor levantándose y abandonando el lugar.

Todos permanecieron totalmente quietos y observaron a Paul mientras éste se marchaba. Nadie dijo una sola palabra hasta que Joseph rompió el silencio.

—¡Venga, vamos! ¿Por qué estáis todos tan tristes? El señor Alazzar se ha ido. Esto hay que celebrarlo. ¡Hoy no hay colegio!

Los estudiantes comenzaron a gritar llenos de entusiasmo. Algunos incluso bailaron. En parejas, o en grupos de tres, todos caminaron en direcciones diferentes. Únicamente Marie se quedó en el sitio.

—¿Quieres venir con nosotras a mi casa? —le preguntó Agnes. Estaba con otras dos chicas con las que solían jugar.

—No, Agnes. No puedo. Creo que sería mejor que me fuese a mi casa.

—De acuerdo. ¿Vendrás más tarde?

—Sí. Quizá.

Enseguida se quedaron solos delante de la escuela Marie y Joseph. La muchacha aún estaba temblando por lo que Paul le había dicho acerca de su familia y de que estaban marcados. De igual manera, le perturbaba la firme creencia de que los rebeldes iban a regresar realmente.

—Vamos, Marie —Joseph le tiró del pelo, cosa que ella no soportaba. Sin embargo esta vez no reaccionó—. No hagas caso a Paul, no tiene ni idea de lo que dice.

—Tallaron EPL en la puerta.



—Siempre están tallando algo en algo, o escribiendo algo sobre algo, o haciendo algo a algo. No pasa nada.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Ahora vamos a divertirnos un rato. Te echo una carrera hasta el río.

—Creo que debería irme a casa. De verdad.

—Claro que deberías, pero más tarde —volvió a darle un tironcito de pelo y empezó a correr con Marie persiguiéndole a toda velocidad.

Marie casi alcanza a Joseph antes de que llegasen al río. Tuvo que esforzarse mucho para no hacerlo. Él, por su parte, estaba encantado con su nueva victoria. Sólo cometió un error. En lugar de ganar como un caballero, en cuanto llegó a la orilla del río se subió de un salto a una piedra para proclamar su dominio.

—¡Soy el rey! —dijo alzando los brazos en alto.

Marie estaba unos seis metros, o así, por detrás de él. No tuvo la más mínima duda, ni bajó el ritmo. Cuando llegó a la roca saltó sobre ella a la máxima velocidad y empujó a su amigo con todas sus fuerzas.



*Splash!*

*Joseph voló hacia atrás y cayó al río.*



—Eres el Rey de los Peces —se burló Marie a punto de perder el equilibrio sobre la roca.

Joseph sacó la cabeza a la superficie y dijo:

—Mejor ser el Rey de los Peces que esclavo de los leones.

—¿Qué significa eso? —continuó ella riendo.

—¡No tengo ni idea! —gritó el muchacho tan fuerte como pudo. Él también reía mientras nadaba hacia la roca.

—¿Ayudaría usted a este rey a salir de su reino?

Joseph extendió su mano hacia Marie, quien, sin pensar en las consecuencias de sus actos, estiró la suya hacia él. Cuando los dedos del muchacho rodearon la muñeca de la pobre inocente, ésta sólo pudo decir:

—Oh, oh.

Su piel era tan suave y sedosa al tacto del joven...; no obstante, esto no impidió que el rey tirase hacia él todo lo fuerte que pudo. Los dos cayeron en una postura poco ortodoxa al agua.

—¡Te voy a matar! —bromeó Marie al tiempo que escupía un chorro por la boca.

—No puedes. Éste es mi reino. ¡Aquí mando yo!

Joseph hundió a su amiga, pero ésta salió a flote chapoteando.

Había transcurrido una hora desde que los dos jóvenes se habían sentado sobre una roca para dejar que sus ropas se secasen. Entonces, Marie recordó lo que había sucedido antes.

—Joseph, ¿por qué lo hacen?

—¿Por qué hace quién qué?

—¿Por qué tienen que luchar?

—No lo sé. Mi padre dice que pelean por los diamantes.

—Diamantes. ¿Has visto alguna vez uno?

—Por supues... —el chico estaba a punto de mentir, pero se arrepintió—. No.

—Yo tampoco.

Ya era media tarde cuando ambos amigos se dirigían de regreso al poblado. Normalmente, a esa hora estarían salien-



do de la escuela. Sin embargo, aquel día tenía muy poco de normal. Para llegar a sus casas tuvieron que pasar por delante de la de Agnes. Ésta salió corriendo aterrada a su encuentro.

—Nos vamos —dijo—. Hoy mismo.

—¿Qué quieres decir con que os vais? —se extrañó Marie.

—Mi padre dice que los rebeldes y los soldados están muy cerca. También dice que nos tenemos que ir antes de que sea de noche.

—Eso es estúpido —intervino Joseph.

—No, no lo es. Mucha gente se marcha esta noche —contestó Agnes—. ¿Dónde habéis estado? Todo el mundo habla de la lucha. Está siendo terrible.

—¡Agnes, ven aquí y prepara tus cosas! —gritó su padre desde una de las ventanas de la casa, mirando a los otros dos—. ¡Y vosotros id a vuestras casas ahora mismo!

Marie y Joseph empezaron a correr. Esta vez lo hicieron hombro con hombro.



**CAPÍTULO**

**4**





Marie, la camioneta de mi tío! —exclamó y señaló con la mano Joseph mientras corrían hacia sus casas. Parecía como si todo lo que poseyesen las dos familias estuviese apilado en la parte trasera del viejo vehículo. Estaba aparcado junto a la base de la colina.

En lo alto del camino, los dos compañeros se separaron y corrieron a sus respectivas casas.

—¡Madre! ¡Padre! ¿Qué está pasando? —quiso saber la hija según atravesaba la puerta abierta de par en par.

—¡Marie! —Los dos levantaron la vista de lo que estaban empaquetando pero siguieron trabajando.

—Estábamos tan preocupados por ti —suspiró su madre.

—¿Por qué no viniste a casa si no había escuela? —preguntó el padre abriendo una cajita de metal en la que guardaban todos sus ahorros. Introdujo hasta el fondo de sus bolsillos los pocos billetes y monedas que contenía.

—Joseph y yo fuimos al río a nadar.

Los padres se detuvieron un momento y se miraron el uno al otro. Corrían rumores de que los rebeldes ya habían llegado al río y que estaban en camino hacia el poblado.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —La madre corrió hasta su hija y la abrazó fuertemente.

—Ven Marie —el padre tomó dos cestas y dirigió la mirada hacia otras dos—. Ayúdame a bajar éstas hasta la camioneta. Para el anochecer ya tendremos que haber partido.

—¿Partido? ¿Partido a dónde? No podemos marcharnos así como así.

—Debemos hacerlo —añadió la madre—. No preguntes. Sólo obedece a tu padre.

—¿Dónde están Roseta y Carmella?

De nuevo los esposos se miraron antes de decirle que habían ido a buscarla.



—¿Qué te han dicho? —preguntó Joseph a su amiga mientras bajaban todo lo que podían colina abajo.

—Muy poco —se tambaleó Marie bajo el peso de la carga. Sólo que nos tenemos que ir. ¿Y a ti?

—Mi padre dice que el EPL va a venir.

—Así que yo tenía razón —concluyó ella deseando haberse confundido.

—Me temo que sí. Mi padre también dice que va a haber una gran batalla.

—¿En dónde?

—Justo aquí.

Durante la hora siguiente, las dos familias continuaron apiñando la carga en la camioneta. Al tiempo que trabajaba, Marie seguía mirando hacia el poblado con la esperanza de ver a sus hermanas. Se dio cuenta de que sus padres hacían lo mismo.

—¿En dónde estarán? —interrogó a su padre cuando subían de dejar otro montón.

—No lo sé —contestó con la voz algo rasgada.

Marie observó la habitación vacía que había compartido con sus hermanas y comenzó a llorar. A su memoria acudieron recuerdos de guerras de almohadas, risas y escapadas secretas hasta la puerta para escuchar de qué charlaban sus padres cuando pensaban que las hijas estaban dormidas.

—Vamos, Marie —su progenitor entró en la habitación, la rodeó con su brazo por encima de los hombros y la condujo hacia el exterior—. Tranquila, no es momento para lágrimas. Ahora tenemos que pensar y movernos con rapidez.

—Pero padre, tengo tanto miedo.

—Sé fuerte, hija. Sé fuerte por mí.

El salón estaba completamente vacío cuando entraron en él. Tan vacío que no restaba absolutamente nada por sacar.

—Ve a la camioneta. Esperaremos a tus hermanas allí.



—Esperaré aquí contigo.

—No —respondió él lleno de tristeza abrazando a su esposa. Tu madre y yo necesitamos estar un momento a solas.

—Pero...

—Por favor, Marie.

Había una tristeza tan profunda en la voz de su padre, que la hija simplemente se giró y salió por la puerta. A mitad de camino colina abajo, escuchó disparos que venían de algún sitio del otro lado del poblado, quizás del río. Fue una ráfaga rápida, igual que una traca de petardos.

Los padres de Marie corrieron fuera de la casa. Con las manos, se protegieron los ojos del resplandor del sol y miraron hacia el horizonte en la dirección en la que se habían escuchado los tiros. Los dos parecían muy preocupados y muy pero que muy asustados.



—*¡Ve a la camioneta, Marie!*

—ordenó su padre cuando vio que la niña se había parado y les miraba—.

¡Ahora!

La pequeña se dio la vuelta y corrió colina abajo.

Como si los disparos hubiesen sido una señal de partida, de repente, la carretera se llenó de viejas camionetas, coches oxidados, gente en bicicleta y, sobre todo, personas a pie. Todos se dirigían hacia el este, en dirección opuesta al río. Marie conocía a todos los que veía. No obstante, nadie pronunciaba ni una sola palabra de saludo o despedida.



La polvareda provocada por las ruedas y las pisadas de los que huían hirió los ojos de la niña, quien comenzó a toser. El tío de Joseph la ayudó a subir al vehículo y la colocó en la parte trasera. Había dejado un pequeño espacio vacío, lo justo como para que Marie y la familia de su sobrino se abrazasen fuertemente durante el viaje. Joseph también estaba ya allí junto con su hermana mayor, Inez, y la hija de ocho semanas de ésta, que se llamaba Mary.

El marido de Inez estaba en el ejército. Le había prometido volver para el nacimiento del bebé pero nadie le había visto, ni había tenido noticias de él durante los últimos seis meses. La recién nacida iba envuelta en una sábana. Su madre la sostenía pegada a sí, al tiempo que la mecía lentamente. Como de costumbre, tenía la mirada perdida en la distancia en busca de su hombre.

—Ahora quedaos ahí quietos —dijo bruscamente el tío de Joseph—. ¿Me habéis entendido?

Marie asintió con la cabeza sin decir una palabra.

—Nos vamos enseguida. No os bajéis de la camioneta.

El hombre parecía estar enfadado, aunque lo que estaba era muy asustado.

—¿Dónde están tus hermanas? —preguntó Joseph en cuanto su tío volvió hacia la parte delantera del vehículo.

—Al no regresar a casa, me fueron a buscar. Deberían de estar aquí hace un buen rato.

Se escucharon más disparos en el aire. Esta vez sonaron más cerca. De nuevo se llenó la carretera de gente. Ahora la mayoría iba a pie. Algunos empujaban carros abarrotados con sus pertenencias. Otros llevaban simplemente lo que podían con sus brazos o en fardos sobre la cabeza. Los menos intentaban guiar delante de sí un par de cabezas de ganado pero desistían a medida que los tiros se aproximaban.

Marie vio a Agnes y su familia pasar de largo. Sus ojos se encontraron durante un breve instante. Las dos tenían la misma sensación: el presentimiento de que nunca se volverían a ver.



Varias explosiones fuertes provocaron que todo el mundo caminase más rápido. Los que podían, corrían. Marie vio en el oeste, justo al otro lado el poblado, una columna de humo ascendente. También pudo distinguir cómo el sol comenzaba a ponerse lentamente.

Los padres de Marie se subieron veloces a la camioneta. Dieron a su hija una cesta llena de batatas y arroz.

—¡Guarda esto y mantenlo seguro! —le advirtió su madre como si hablase de un tesoro.

Hubo más disparos. Muchos más. El sonido procedía de diferentes puntos del oeste.

El padre de Joseph agarró a la madre de Marie por el brazo.

—¡Vámonos, vámonos ahora! Sube a la camioneta. Deprisa —la ayudó a subir y estrujarse dentro de la cabina junto a la madre y el tío de Joseph.

De repente, la carretera se quedó prácticamente vacía. Todo el mundo se había ido.

—Debemos marcharnos ahora. No hay elección. ¡Mira! —dijo el padre de Joseph al de Marie.

Al fondo de la carretera, quizás a un kilómetro, podían ver a las tropas rebeldes corriendo de un lado a otro de la calle. Entraban en todas las casas. A veces se escuchaban tiros dentro. Marie observaba cómo los agresores lanzaban algo al interior de alguna de ellas. Unos segundos después se oía una explosión y empezaba a salir fuego y humo a través de las ventanas y las puertas. Hubo casas que simplemente volaban por los aires a causa del estallido.

Cada segundo que pasaba, los rebeldes estaban más próximos. Se encontraban tan sólo a quinientos metros. Marie podía escuchar sus gritos.

—Si no salimos ahora nos matarán a todos —rogó el padre de Joseph. Entonces se subió de un salto a la parte trasera—. ¡Vamos!, ¡Vamos!

—No. Marchad. Las encontraré y nos uniremos a vosotros más tarde —se negó el de Marie.



—Es una locura. Tienes que venir ahora —gritó el otro.

El padre de Marie corrió hasta la cabina y le dijo al tío de Joseph:

—¡Marchad!

Los rebeldes estaban ya a menos de doscientos cincuenta metros de distancia. Habían visto el vehículo y corrían hacia él.

—¡Marchad, marchad, marchad!

El tío de Joseph pisó el acelerador y la camioneta se puso en marcha.

—¡No, padre! —chilló Marie cuando pasaron por delante de él lentamente, aumentando la velocidad y dejándole atrás.

El padre de la muchacha miró en otra dirección. Vio a los rebeldes acercándose. Podía distinguir sus rostros.

La camioneta aceleró como pudo. Era muy vieja y la carretera muy mala.

—¡Padre, padre! —las voces provenían de lo alto de la colina.

Marie levantó la mirada a la derecha, hacia su casa. Sus hermanas corrían cuesta abajo chillando desesperadas.

—¡Para esto! —gritó Marie—. ¡Para esto!

El padre de Joseph también había visto a las chicas corriendo. Se subió sobre la cabina del conductor, trepando por encima de la pila de armarios. Golpeó como un frenético sobre ésta, hasta que su hermano redujo la marcha.

—¡Ya vienen! —confirmó mirando a través de la ventanilla del conductor. Observó que la madre de Marie estaba llorando.

—¿Ya vienen? —sollozó esperanzada e incrédula al mismo tiempo—. ¿Ya vienen todos?

—Sí, todos —afirmó el padre de Joseph—. Incluidos los rebeldes. Sigue conduciendo. Pero ve despacio —indicó a su hermano antes de bajar de nuevo por la pila de armarios.

—¡Rápido, padre! ¡Rápido! —vociferó Marie.

Su padre y sus hermanas corrían hacia la lenta camioneta. Se estaban acercando. Los rebeldes también.





El padre de Joseph le dijo a este último que se subiese encima de la cabina, y que estuviese preparado para avisar a su tío de que acelerase una vez que estuviesen todos arriba.

El padre de Marie iba detrás de sus hijas. Intentaba protegerlas de los rebeldes que les estaban dando caza. Escuchaba ligeros estallidos y sentía algo que pasaba zumbando por su izquierda. Les estaban disparando mientras corrían.

—¡Más rápido, más rápido! —gritaba cuando escuchaba los tiros y veía cómo levantaban tierra por delante de ellos al impactar contra el suelo—. ¡Subid a la camioneta!

Roseta fue la primera en alcanzar la parte trasera. Extendió las dos manos. El padre de Joseph las agarró y tiró de ella hasta subirla. Marie abrazó a su hermana antes de que ésta perdiera el equilibrio y cayera. Carmella fue la siguiente. Esta vez, Marie y Roseta fueron quienes la agarraron, desplomándose las tres contra los armarios.

Sobre la carretera quedaba únicamente el padre. Corría tan rápido como podía. Algo que ardía le arañó la cara. Sintió cómo se le abría la piel de la mejilla derecha pero continuó corriendo.

Los rebeldes estaban a unos cincuenta metros cuando el señor Ngonga alcanzó la camioneta. Saltó y se agarró a la parte trasera. El padre de Joseph se agachó y tiró de él asién-dole por el cinturón.

—¡Ahora, Joseph! ¡Ahora! —ordenó.

Su hijo miró hacia el interior de la cabina.

—¡Vamos, tío, vamos! —dijo, cayendo seguidamente hacia atrás contra los armarios al pisar su tío el acelerador a fondo. Como resultado del exceso, la vieja camioneta gruñó y se quejó amargamente, aunque siguió adelante dejando a los rebeldes atrás.



**CAPÍTULO**

**5**



—¡E stás sangrando, padre! —levantó la voz Marie para que el ruido del motor no la tapase.

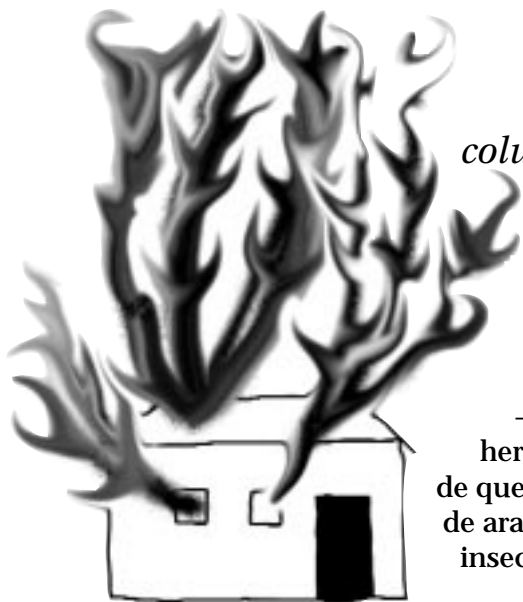
Un hilo de sangre discurría por el lado derecho de su rostro. El proyectil le había rozado justo por debajo del hueso de la mejilla. La hija encontró una toalla en una de las cestas.

—Aquí tienes, padre. Sujétala contra la herida.

—No es nada —afirmó mirando a sus hijas e intentando convencerse de que las tres estaban allí, sanas—. Agarraos. La carretera es muy mala —añadió rotundo.

Las chicas sonrieron, conscientes de que ésa era la manera que tenía su padre de decirles que las quería.

El poblado iba quedando atrás y haciéndose cada vez más pequeño. Desapareció por completo tras superar una loma.



*Ahora, todo lo que podía ver Marie eran columnas de humo negro que subían desde lo que había sido su hogar.*

—¿Qué os ha sucedido?

—interrogó la pequeña a sus hermanas. Se había percatado de que tenían las piernas cubiertas de arañazos, cortes y picaduras de insectos—. ¡Miraos las piernas!

—Fuimos a buscarte al río —comenzó Carmella.

—Llegaron los rebeldes y corrimos a escondernos entre la maleza —continuó Roseta—. Tuvimos que dar un rodeo atravesando la jungla para que no nos atrapasen.



Lo que empezó como un lejano rumor, enseguida se transformó en un terrible estruendo. Tres reactores del Gobierno en vuelo raso pasaron sobre la camioneta. En pocos segundos hubo una serie de explosiones ensordecedoras. Tembló la tierra de tal manera, que el vehículo casi se sale de la carretera. Más hileras de humo se levantaban ahora desde el poblado. Marie se giró cuando el sol quedó oculto tras el opaco horizonte.

En la siguiente cima, la camioneta se detuvo de repente. Los que viajaban en la parte trasera salieron despedidos hacia los muebles.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marie levantándose en mitad de la creciente oscuridad.

Su padre y el de Joseph saltaron del vehículo a la carretera. Caminaron hacia la parte delantera.

—¡Esperad aquí! —ordenaron los dos a la vez.

—Vamos a ver que pasa —dijo Joseph.

—Tenemos que quedarnos en la camioneta —contestó Marie.

—Pues claro, no te preocupes.

El chico trepó por la pila de muebles. Su amiga le siguió y se unió a él arriba.

Ésta bajó la vista hacia la ladera de la loma.

—Dios m...!

Joseph asintió con la cabeza.

La camioneta se encontraba sobre una colina bastante alta. Por la zona de abajo veían a toda la gente del poblado que había salido antes que ellos. Se ordenaban en filas en la carretera. Estaban las tropas del Gobierno. Eran muchísimas.

—¡Mira los soldados! —exclamó él—. Deben de ser cientos.

—¿Qué hacen?

—No estoy seguro.

Los militares se movían de un grupo de habitantes del pueblo a otro. Sin embargo, la luz crepuscular hacía muy difícil distinguir con exactitud lo que estaba sucediendo allí abajo.



El padre de Marie y el de Joseph permanecían delante de la camioneta observantes. Intentaban determinar lo que estaba ocurriendo y lo que debían hacer. Tras unos instantes, regresaron a la cabina. El señor Ngonga se acercó a la ventanilla del asiento de la derecha, lugar en el que estaba sentada su mujer. El padre del muchacho se asomó a la del conductor. Tras el volante se encontraba su hermano.

Marie y Joseph miraban fijamente la escena que tenían ante sus ojos. Nadie se percató de que Inez se había alejado del vehículo con el bebé entre sus brazos. Caminaba rápido sin apartar la vista de los soldados.

Más reactores pasaron como rayos por encima de sus cabezas. Volaban a la suficiente altura como para que el sol, que se acababa de poner, se reflejase en la parte inferior de sus alas.

—Mira cuántas bombas —Joseph señaló las líneas de bombas y cohetes que brillaban bajo los últimos rayos de luz del día—. Aquí va a morir alguien. Seguro.

Cuando miraron hacia atrás, vieron a la hermana del joven que descendía por la carretera. Ya estaba a veinte metros de los camiones y andaba muy veloz.

—Es Inez, y lleva consigo a Mary —indicó Marie.

—¡Detente, Inez! —gritó Joseph.

Los dos padres retiraron la cabeza de las ventanillas.

—¿Qué pasa con Inez? —interrogó su progenitor.

—¡Se dirige hacia los soldados!

Para cuando la localizaron, la joven estaba el doble de lejos y los soldados iban a su encuentro.

Un jeep del ejército pasó a su lado y ni siquiera redujo la marcha. Iba directo hacia la camioneta. Con los rebeldes tras sus pasos, no había ningún sitio al que las familias pudiesen escapar.

El tío de Joseph salió de la cabina y el padre de Marie ordenó a sus hijas y al joven que entrasen dentro.

—No quiero ir con las mujeres —protestó Joseph—. Soy un hombre.

—Entonces compórtate como un hombre y obedece las órdenes —contestó enfadado su padre—. ¡Ahora!



El muchacho se metió como pudo en la cabina con las tres chicas y las dos madres.

—Esto es ridículo —se quejó.

Su madre le miró y con los ojos llenos de amor le dijo que se callase.

Cuando el jeep del ejército llegó a la camioneta, cuatro soldados se bajaron de un salto. Uno se quedó detrás de la ametralladora con la que apuntó directamente al otro vehículo.

—¡Todo el mundo fuera de la camioneta! ¡Vamos! —mandó el militar de mayor rango. Al no abrirse las puertas disparó una ráfaga al aire y seguidamente apoyó el cañón contra la cabeza del tío de Joseph—. Díselo.

Los dos padres hicieron una seña a sus familias para que salieran. Joseph fue el último en bajar de la cabina.

Cuando le vieron, todos los soldados levantaron sus armas. Uno de ellos le tiró de cara al suelo.

—¿Por qué te escondes entre mujeres? ¿Eres un rebelde? —presionó con las rodillas sobre la espalda del muchacho—. ¿Lo eres?

—¡Alto! —gritó el padre intentando correr hasta su hijo. Sin embargo, otro de los militares le obstruyó el paso.

—¿Por qué deberíamos parar? —caminó el jefe con toda tranquilidad hasta el padre y se detuvo frente a él—. ¿Por qué?

—Porque somos del poblado. Los rebeldes nos expulsaron.

—Y, ¿cómo sabemos que no mientes? ¿Eh?

El soldado que estaba sobre Joseph presionó aun más sobre su espalda. El joven intentaba no jadear por el dolor pero no lo pudo evitar.

—¡Déjenle marchar! ¡Es la verdad! —suplicó la madre.

—Si es así —dijo el militar mirando primero a uno y luego al otro—, entonces sabréis que la verdad es muy valiosa. ¿Conocéis su valor o estáis mintiendo?



El agresor levantó la rodilla de la espalda de Joseph con la única intención de dejarla caer de nuevo con todo su peso. El muchacho chilló debido al dolor que se extendía por todo su cuerpo.

—Aquí tiene —el padre hurgó en los bolsillos del pantalón y sacó todo el dinero que tenía la familia—. Tómelo. Pero déjelo en paz.

El soldado lo contó e hizo una señal a su compañero para que liberase al joven. Entonces miró a Marie y a sus hermanas.

—Las chicas también pueden ser rebeldes.

Con cuidado, el señor Ngonga sacó unos pocos billetes y monedas que había guardado en su bolsillo hacía una hora. Se le entregó todo al militar sin decir una sola palabra.

—¿Esto es todo lo que tienes? —agitó la cabeza.

—Sí.

El soldado miró a los ojos del hombre durante unos segundos y tomó una decisión.

—De acuerdo. Id abajo y uníos a los demás.

Las dos familias comenzaron a caminar hacia la camioneta.

—¿Qué hacéis? Los otros están en esa dirección —señaló colina abajo.

—Pero, nuestra camioneta... —titubeó el padre de Marie.

Los cuatro militares que estaban en tierra les obstaculizaron el paso. El que seguía en el jeep les apuntó con el arma.

—¿Qué camioneta? —se carcajeó el soldado—. Yo no veo ninguna camioneta. ¿Veis alguna camioneta? —preguntó a sus hombres.

Ellos también rieron y negaron con sus cabezas.

—No.

—Pero no pueden...

—Me estoy cansando de esto. Id con los demás o morid. Me da igual lo que elijáis, pero hacedlo ahora.

Él y los otros levantaron las armas.

Las familias iniciaron el camino colina abajo.



Caminaban tan rápido como podían por si acaso los soldados cambiaban de idea acerca de darles una oportunidad. Cuando terminaron de bajar, el padre de Joseph le dijo al de Marie:

—Mi hermano y yo tenemos que buscar a Inez. Creo que fue en esta dirección.

La carretera se dividía en dos direcciones. Señaló a un amplio grupo de militares que estaban a la izquierda.

—Lleva a mi esposa y a mi hijo contigo.

—Padre, déjame ayudar —pidió Joseph con semblante serio.

El padre le miró y asintió. Seguidamente se giró hacia su mujer.

—Nos uniremos a vosotros pronto.

El padre, el tío y el hijo caminaron hacia la izquierda. Marie y el resto hacia la derecha.

Cuando Inez escuchó a Joseph decir que mirasen a los soldados, ésta sonrió. Su marido tenía que estar entre ellos. Tenía que estar. Por fin había vuelto. Estaba segura.

La joven madre vio al jeep subir por la colina y pasar de largo. No la arrolló por centímetros, aunque ella apenas se percató al comprobar que ninguno de aquellos hombres era el suyo. Siguió caminando hasta llegar abajo. En la carretera de la derecha había bastante gente y algunos soldados. Hacia la izquierda había más militares, así que optó por seguir ese camino.

—¿Han visto a mi marido? —preguntó al primer soldado. Al no obtener respuesta, se dirigió al siguiente y luego a otro y a otro. Alguno de ellos se reía o se mofaba de ella.

—Yo soy tu marido —afirmaba un extraño con uniforme del ejército que se arrimó a su derecha.

—¡No, soy yo! —decía otro militar desconocido que caminaba tras ella.

—Soy yo.

—No. Yo.

Inez estaba rodeada.

—Por favor —rogaba a sus captores—. ¿Han visto a mi marido?





—¿Qué llevas en ese trapo? —la interrogó el hombre que estaba frente a ella—. ¿Eh? ¿Qué llevas?

Éste tomó la sábana en la que estaba envuelta Mary. Su madre la había cubierto por completo para esconderla de los soldados. La bebé no había llorado siquiera. Inez se giró.

—No. Dejadme en paz. Sólo decidme si habéis visto a mi marido.

—¿Te ha preguntado qué llevas en el trapo? Veamos —añadió otro.

El soldado agarró la sábana. Buscó dentro y sacó a la pequeña por una de las piernas. Mary daba grititos y se balanceaba en el aire. Sin pensarlo dos veces, el militar tiró a la bebé a la cuneta. Se golpeó contra unas rocas y quedó sin movimiento.

—¡No! —chilló la madre abriéndose paso entre los soldados. Corrió hasta su inmóvil hija y la abrazó contra su pecho.

Los acosadores se sonrieron y se alejaron caminando. Uno de ellos guardó la sábana en el bolsillo. Podría servirle para limpiar su arma.

Al caer la noche las tropas del Gobierno se marcharon. Se llevaron prácticamente todo lo que las gentes del poblado habían intentado salvar. El padre de Marie encendió un fuego para descansar un rato antes de iniciar de nuevo la marcha. Era muy peligroso permanecer en aquel lugar. La madre de Joseph seguía buscando en la oscuridad a su familia.

—Siento mucho no tener comida para cocinar algo —se disculpó la señora Ngonga ante sus hijas—. Quizás por la mañana encontremos algo para comer.

—Quizás no tengamos que esperar tanto tiempo —Marie mostró su sonrisa de “tengo un secreto”.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su padre.

La joven le susurró algo al oído.

—¿Estás bromeando? ¿Hiciste eso?

Marie asintió.

—Muy inteligente. Ven conmigo.



Marie y su padre caminaron de regreso a lo alto de la colina. Cuando llegaron, la camioneta había desaparecido. Los soldados se habían llevado todo excepto la vieja olla del mango roto y una muñeca de trapo que había pasado de hermana a hermana. Marie se arrodilló y la tomó del suelo con cariño, como si estuviese tratando con un frágil recuerdo. La abrazó contra su pecho igual que había hecho cuando era un bebé.

—¿En dónde está? —quiso saber el padre.

Marie se incorporó de un salto y señaló hacia una maraña de matorrales. Un minuto después, el señor Ngonga salió de entre las matas, con una cesta llena de batatas. La hija recordó lo importante que su madre le había dicho que eran éstas. Así, cuando llegaron los soldados, arrojó la cesta a esa zona antes de meterse en la cabina de la camioneta. El padre acarició el hombro de su niña.

—Eres muy inteligente.

Había un pequeño arroyo que discurría colina abajo. Marie llenó la olla de agua y su progenitor cargó con la cesta. Un rato después estaban comiendo batatas cocidas que sabían como un banquete destinado a un rey, o a una familia.

Una vez que habían comido, Carmella se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza.



—No vayas lejos —ordenó su padre.

—Sólo unos pasos —prometió ella—. Necesito mover las piernas.

En cuanto hubo abandonado la luz de la hoguera, algo llamó su atención, una sombra, algo que se movía.

—Viene alguien —Carmella corrió de vuelta hasta el fuego—. ¡Por allí! ¡Mirad!

Una figura solitaria se aproximaba a través de la oscuridad. Al rato, escucharon los lloros de un bebé.

La madre de Joseph se abalanzó sobre su hija y su nieta. Inez apretaba la mano sobre la herida que tenía Mary en la cabeza, para cortar la hemorragia. Nada más ponerse a la luz de la fogata, Marie observó que la nena estaba desnuda y con golpes muy fuertes. Parecía que tuviese el brazo derecho roto.

La madre de Marie y la de Joseph tomaron al bebé de brazos de Inez, que estaba sentada y no apartaba la mirada del fuego.

—Tu camiseta —indicó la señora Ngonga a su marido—. Quitate la camiseta.

Éste sabía perfectamente lo que su esposa quería. Se la quitó sin pensarlo dos veces y la hizo jirones. Las mujeres colocaron dos trozos de tela alrededor de la cabeza del bebé, en forma de vendaje. El tejido blanco se tiñó de rojo justo en la zona inflamada por el fuerte golpe que tenía en la frente.

La madre de Marie encontró dos palos pequeños pero pesados. Los colocó a los lados del brazo de Mary. Al mismo tiempo, su abuela los ataba con fuerza para que no se moviesen.

—¿Viste a tu padre, o a Joseph, o a tu tío? —preguntó la madre a su hija.

Al no obtener respuesta, gritó:

—¿Les viste?

A la luz del fuego, Marie vio que Inez agitaba la cabeza, no.



**CAPÍTULO**



**N**o me iré sin ellos —dijo la madre de Joseph sentada junto al fuego. Se valía de un palo para remover la madera candente, lo que avivaba las llamas y levantaba chispas anaranjadas que flotaban en el cielo de la noche —. No me iré.

Todos los que estaban en la carretera habían iniciado la marcha. A pesar de la oscuridad, eran conscientes de la proximidad de los rebeldes. La mayoría de la gente ya había abandonado el lugar.

—No me puedo marchar sin mi marido y sin mi hijo.

—Tu esposo te obligaría. Y tu hijo también.

—No me importa.

—Chicas —llamó la madre de Marie a sus hijas—, acompañad a Mary e Inez, y comenzad a caminar. Seguid la carretera. Estaremos justo detrás.

Como ninguna se movía, dijo el padre:

—Haced lo que os dice vuestra madre.

Las palabras fueron suaves, pero el tono de seriedad acabó con toda discusión. Roseta tomó a la bebé, mientras que Marie y Carmella ayudaron a Inez a ponerse en pie. La sujetaban cada una por un codo cuando empezaron a andar carretera abajo. Podían oír a los padres de Marie discutiendo a voces con la madre de Joseph. Cuanto más se alejaban, más se apagaban las palabras, hasta que llegó un momento en el que no se escuchaban.

Marie pensó en Joseph. Estaba segura de que estaría bien. Nada le podía suceder a su amigo. Siempre había estado ahí.

—Tan sólo se ha perdido. Eso es todo —se dijo a sí misma en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Carmella.

—Dije que Joseph probablemente sólo se haya perdido —intentó reír—. Ya sabes que siempre se pierde. ¿No es así?



Su hermana nunca había tenido noticia de que Joseph se perdiese. No obstante, respondió con una sonrisa forzada:  
—Sí, así es.

Para la joven aquélla era la noche más oscura de su vida. La familia seguía caminando. No comieron nada y únicamente bebieron un par de veces en pequeños arroyos con los que se toparon. Durante una hora el padre de Marie la llevó a la espalda. La niña rodeaba con sus brazos el cuello de su padre, y éste le sujetaba las piernas. Dormitaba de vez en cuando sobre el hombro de su protector. Se despertaba a menudo. Sus sueños no le permitían dormir.

Las gentes del poblado caminaban a través de la noche. Habían oído hablar de un campamento que estaba justo en la frontera. Allí podrían estar a salvo de los rebeldes que les querían liberar, y de los soldados que debían protegerles.

Los puntos blancos se extendían a lo largo de toda la orilla del río, hasta que desaparecían tras un meandro que giraba a la izquierda, y se introducía a la derecha en una espesa jungla. Si se miraba con atención, se podía distinguir que algunos de aquellos puntos blancos eran viejas tiendas de campaña, y que el resto eran grandes cubiertas de plástico que colgaban de mástiles hechos con ramas de árboles. Debía de haber cientos de aquellos refugios, miles quizás. Algunas personas salían de ellos. Marie veía que mucha otra gente dormía sobre el suelo y comenzaba a levantarse.

Justo tras el amanecer, la familia Ngonga llegó a lo alto de una alta cadena montañosa que miraba hacia la frontera, la cual estaba marcada por un río poco profundo y turbio. Abajo había gentes del poblado que ya lo estaban vadeando. Cientos de viejos y oxidados coches y camiones yacían abandonados junto al límite de las aguas. Sus dueños los habían abandonado allí antes de cruzar un caudal que a veces llegaba hasta la cintura. Afortunadamente era la época



de la estación seca. Si hubiese sido la de las lluvias, el campamento al completo habría estado bajo el agua.

—¿Es ahí a donde vamos, padre? —preguntó Marie.

—Sí. —Comenzó a caminar carretera abajo hacia el río. Todos le siguieron.

—¡Puajjj! —Marie arrugó el rostro del asco que sintió en cuanto hubo puesto el pie en el agua. Se percató de que el gesto de sus hermanas era el mismo.

—Caminad y respirad por la boca —advirtió el padre.

El río desprendía un hedor que hacía el aire irrespirable, la corriente bajaba llena de lodo y de residuos tóxicos

*La profundidad  
se hacía  
mayor  
a mitad  
de trayecto.*



Llegaba hasta la cintura de Marie y los muslos del padre.

Carmella iba en medio de sus dos hermanas. Se quejaba constantemente de aquella peste y de la porquería que pasaba flotando.

—¡Es terrible! ¡No puedo más! ¡No quiero caminar rodeada de todo esto!

—¿Podrías hacer una cosa?

—¿Qué?

—¿Callarte?



Marie tuvo que reírse. Fue un grave error, pues al hacerlo, sin querer respiró por la nariz y estuvo a punto de perder el conocimiento.

—¡No, no puedo callarme! —replicó—. El agua está llena de...

Cosas del azar o del destino, a alguien o a algo le debió de parecer divertido que hubiese un solo agujero, de un metro y medio o así, justo en el fondo del río. Carmella lo encontró, pisó sobre él y se hundió entera con la boca abierta de par en par. Salió a la superficie unos segundos después escupiendo algo que se parecía, más bien poco, a agua. Marie y Roseta estallaron en carcajadas.

La segunda parte de la travesía por el río duró mucho menos que la primera. Carmella intentó dar caza a sus hermanas hasta llegar a la otra orilla.

Cuando los padres terminaron de cruzar, Carmella estaba ocupada persiguiendo a Marie. Intentaba tocarla con el empapado y pegajoso cabello.

—Valió la tontería —les regañó su padre al tiempo que intentaba ocultar la risa.

La ribera del río que estaba junto al campamento se llenaba con rapidez de gente del poblado. Nadie sabía hacia donde dirigirse o qué hacer. El Ejército había instalado aquel reducto, y no permitía el acceso a los de fuera, como por ejemplo a las Naciones Unidas, para prestar ayuda o distribuir alimentos. Alegaban que era muy peligroso, y que ellos se encargarían de repartir víveres a los refugiados. Alguna vez lo hacían, pero la mayoría no.

El Ejército había entregado a aquellas gentes las cubiertas de plástico para que las utilizarasen como refugio. De vez en cuando traían sacos de arroz y pan. No obstante, los soldados sólo permanecían en el campamento lo justo para descargar el camión, y para buscar rebeldes.

—¡Ngonga! —profirió una voz conocida. Se trataba de Paul Melanga, uno de los mejores amigos de la infancia del padre de Marie. Paul era dos años mayor. Siempre había





considerado a su amigo como a un hermano pequeño. “Papa P”, así le llamaban Marie y sus hermanas, se había mudado a un poblado cercano hacía tres años. Él y los Ngonga se visitaban siempre que podían.

—¡Lo conseguiste! —exclamó Papa P lleno de alegría acercándose al padre de Marie, que aún seguía con el torso desnudo—. Es una lástima que no pueda decir lo mismo de tu camiseta.

El señor Ngonga señaló a Inez, que sostenía en brazos a su Mary cubierta de vendajes.

La sonrisa se borró del rostro de Paul.

—Ya veo —dijo éste.

—¿Cuándo llegaste aquí? —preguntó el padre de Marie.

—Hace tres días. Este lugar era la mitad de grande. Cada jornada que pasa crece muchísimo. Vine en cuanto supe lo de los rebeldes. Creo que hice bien.

—¿Qué debemos hacer? —quiso saber su amigo.

—Ven conmigo. Los refugios están todos llenos. Podemos compartir el nuestro.

—¿Estás seguro? —intervino la señora Ngonga.

Papa P miró a la cesta de batatas que la madre de Marie había transportado sobre la cabeza mientras cruzaban el río. Ya faltaba un cuarto del contenido.

—¿Tenéis batatas?

—Sí.

—Entonces claro que podéis —la sonrisa regresó a sus labios—. Rápido, seguidme.

La esposa de Papa P murió cuando dio a luz a dos gemelas hacía veinte años. Nunca se había vuelto a casar. Sus hijas ya tenían familia. Una de ellas vivía en una zona controlada de manera firme por los rebeldes. La otra se había mudado a la capital.

Paul condujo al grupo sobre un risco, bajaron y pasaron a través de una hilera irregular de refugios improvisados. Hacia el final llegaron a una impresionante construcción con forma de tienda que no podía haber sido diseñada por nadie más que él. Se trataba, básicamente, de una gran choza hecha de largos palos y rellena de juncos. Toda la



estructura estaba cubierta por una de aquellas piezas de plástico. Al señor Melanga se le consideraba como uno de los mejores constructores de la zona.

—¿Has construido esto en tres días? —agitó la cabeza el padre de Marie.

—Oh, tuve ayuda. Señora Ndubisi, ¿está usted en casa?

—En dónde si no —una anciana y sus dos nietos, un niño de cuatro años y una niña de seis, salieron de la choza—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Melanga?

—Puede venir a conocer a mis amigos, y quizás ofrecerles un té, ¿no? —Papa P se giró hacia el grupo—. Éstos son la familia Ngonga. Se van a quedar con nosotros.

La señora Ndubisi saludó y entró de nuevo en la tienda. Sus nietos la siguieron.

—Eran mis vecinos —añadió Paul.

—¿Y los padres de los niños? —preguntó la madre de Marie.

Papa P negó con la cabeza. No había necesidad de dar más explicaciones.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo Carmella.

El señor Melanga se aproximó a ella y olió el aire.

—¡Puajjj! Creo que la primera orden del día para alguien será darse un baño.

—No en ese río —aclaró la muchacha.

Paul le indicó que se fuese río arriba hasta que llegase al final del campamento.

—Allí está limpio y durante el día es seguro.

—Yo voy con ella —se ofreció Roseta.

—¿Y tú? —miró el padre a Marie.

—Si es posible, me gustaría buscar a Agnes y a algunos otros —contestó la joven. También deseaba, en cierto modo, encontrar a Joseph, pero ese anhelo lo guardó para sí misma.

El señor Ngonga miró a su anfitrión.

—Está bien. No salgas del campamento —consintió Papa P.

—No lo haré.

—Y te quiero de vuelta pronto —ordenó su padre.

—Sí señor.



No le llevó mucho tiempo encontrar a alguno de sus amigos del poblado. Siempre les hacía la misma pregunta:

—¿Habéis visto a Joseph o a Agnes?

La respuesta era siempre un no, hasta que se topó con Frederick. Éste le contestó con otra pregunta:

—No les he visto, pero ¿has oído algo de Robert?

La muchacha sonrió al recordar a su compañero de clase pavoneándose por el aula y cloqueando como una gallina.

—No, pero la verdad es que me gustaría verle. ¿Dónde está?

—Está muerto —confesó Frederick en voz baja mirando al suelo—. Los soldados le mataron en la carretera.

Marie no podía creer una noticia que sabía que era cierta.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué a Robert? —gritó.

—Dijeron que era un rebelde y su familia no tenía dinero para hacerles cambiar de opinión.

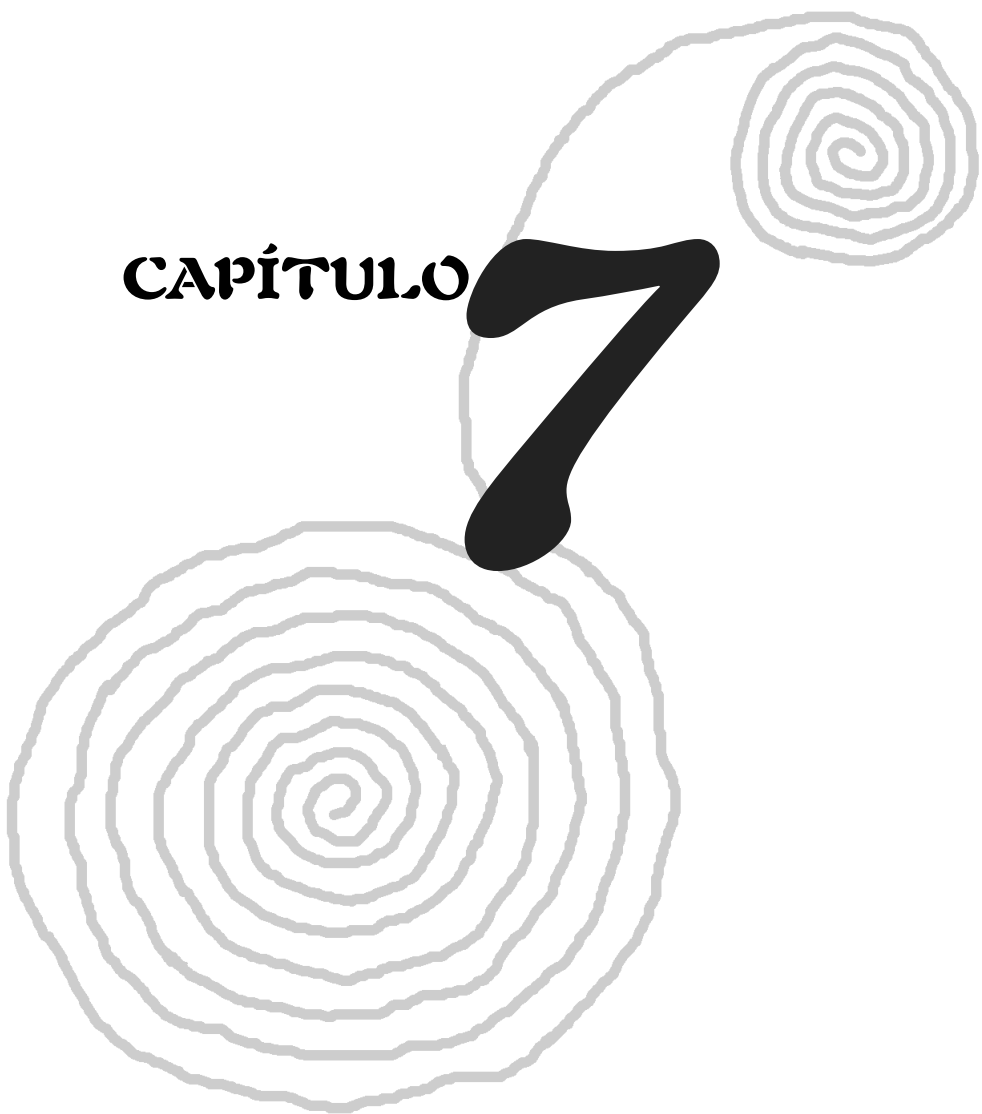
La chica pasó el resto del día caminando por todo el campamento buscando a Joseph y a Agnes. No encontró a ninguno.

Aquella tarde Papa P, los Ngonga, los Ndubisis e Inez comieron batatas, arroz y la última carne de cordero que el primero había traído desde su poblado. Bebieron té y observaron cómo el cielo se teñía de añil por el este y de un naranja resplandeciente por el oeste. Un hombre de una de las tiendas próximas comenzó a tocar los tambores. La familia bailó y cantó unida por última vez en su vida.



**CAPÍTULO**

**7**



P

apa P le había dado al padre de Marie una camisa blanca limpia. El contraste sobre su piel oscura era espectacular bajo la luz del anochecer.



*A la madre  
de Marie  
le pareció*

*muy guapo  
y apuesto  
mientras  
bailaba.*



Exactamente como la noche en que su larga amistad se tornó en amor. A medida que la luna ascendía, su luz hacía resplandecer la camisa, tal como había ocurrido hacía tantos años.

La madre de Marie le observaba mientras bailaba, y se maravillaba de lo poco que el tiempo había afectado su naturaleza y su aspecto. Todavía era el niño con el que echaba carreras y el hombre con el que se había casado. La madre de Marie se acercó a él y le apartó del baile.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Te quiero.

El padre de Marie parecía confuso. Estas palabras casi nunca se pronunciaban, aunque siempre se sentían. Observó los preciosos ojos marrones de su mujer y se vio reflejado en una lágrima.

—Yo también te quiero.

Padre y madre, marido y esposa, hombre y mujer se abrazaron hasta que cesó el ruido de los tambores.

De repente, al unísono, la gente empezó a dispersarse y a correr hacia las tiendas.

—Mira, Ngonga —Papa P señaló el río—. Ya vienen.

Todo el mundo miraba hacia el río. Se veían muchas sombras negras moviéndose en el agua, viniendo hacia el campamento.

—Nunca antes se habían atrevido a acercarse al campamento —dijo Papa P—. Rápido, volved a la tienda. Tengo que encontrar a la señora Ndubisi. No ha vuelto de fregar los cacharros en el río.

—Voy contigo —dijo el padre de Marie.

—No, quédate aquí con tu mujer y los niños. Estaré bien. Sólo meteos dentro y no hagáis ruido.

Papa P corrió hacia el barranco mientras que los padres de Marie les instaban a entrar. Echaron tierra sobre el fuego para sofocar las llamas antes de reunirse con los pequeños.

—Ahora, callaos, ni una palabra —dijo la madre de Marie mientras el padre colocaba el plástico en la entrada y las ventanas.



Las tinieblas ahogaron instantáneamente la luz de la tienda, cada vez más intensas. Al cabo de diez minutos, el sol ya se había puesto y la oscuridad era casi completa.

—¿Dónde está mi abuelita? —preguntó de repente el niño de cuatro años—. ¡Quiero a mi abuelita! —gritó lloriqueando.

—¡Chsss...! —Roseta se dirigió a donde estaban los pequeños y los abrazó—. Estará aquí muy pronto —susurró—. Muy pronto. Pero no debéis hacer ningún ruido si queréis que vuelva.

—Sí que quiero.

—Entonces, chitón.

—Vale.

Estaban todos sentados en completo silencio, en completa oscuridad. Al principio, todo lo que oían era hombres gritando y diciendo palabrotas a lo lejos. Después, el sonido familiar de los disparos. Provenía del río. Inmediatamente después, más tiros, esta vez más cerca.

—Padre, la ventana —dijo Marie.

Un resplandor anaranjado se filtraba a través del plástico. Durante los siguientes minutos se volvió cada vez más brillante, y pronto se extendió a las cubiertas de la entrada y las otras ventanas. En el interior de la tienda ahora resplandecía el naranja.

Se oían pisadas que corrían cerca, y más disparos.

**¡pum pum pum**



**pum pum**  
**pum pum pum pum!**

—Al suelo —dijo el padre de Marie. Un segundo después, tres balas traspasaron el plástico y la paja de una de las paredes de la tienda y salieron por el otro lado.

—¿Hay alguien herido? —susurró el padre de Marie.

—No —respondieron todos en un suspiro.

Marie miró hacia arriba desde el lugar en que estaba tumbada. Dos de las balas entraron por el lado de la pared donde había estado sentada hacía unos segundos.

Ahora sí había ruido, mucho ruido, en el exterior. Disparos, gente corriendo, gritos. Pero la pequeña Mary no empezó a llorar hasta que alguien muy cerca chilló.

—¡Hazla callar! —ordenó el padre de Marie entre dientes.

La madre de Marie se arrastró hasta Inez a través de la luz naranja. Intentó calmar al bebé, pero no paraba de llorar.

Marie oyó pisadas que se dirigían hacia la tienda. Se pararon justo en la puerta. Con todo el ruido y la confusión, no podía adivinar si era una persona o varias.

—¿Paul? —el padre de Marie también lo había oído. Se dirigió hacia la puerta—, ¿eres tú?

—Sí —susurró una voz desde el exterior.

El padre de Marie retiró el plástico. Cuando lo hizo, le empujaron con tanta fuerza que cayó al suelo.

Cinco rebeldes irrumpieron en la tienda. Uno de ellos disparó su rifle hacia el techo. Con la puerta abierta, la luz naranja inundó el interior de la tienda, parecía en llamas.

El padre de Marie se puso en pie de un salto mientras los demás se acurrucaban en la otra punta.

Los rebeldes no dijeron una palabra. Simplemente se abalanzaron sobre las provisiones que Papa P y la señora Ndubisi habían conseguido traer de sus poblados. El padre de Marie no se movió cuando los hombres volcaron dos maletas llenas de ropa y tomaron lo que quisieron. Dos de





los milicianos se apoderaron de todo el arroz y las patatas y otro agarró las sábanas y los colchones.

Cuando la tienda estaba casi vacía, entraron otros tres rebeldes. Dos se quedaron a cada lado de la entrada, el tercero entró hasta el fondo de la tienda. Se paró al lado de Inez, ordenándole que hiciera callar a la niña. Como no lo hizo, el hombre apuntó su pistola al estómago de la pequeña Mary.

Inez puso la mano inmediatamente sobre la boca del bebé, para amortiguar su llanto y se alejó de él. El rebelde subió la punta de su pistola hacia la cabeza de Inez, pero antes de que pudiera moverse, entró un cuarto hombre. Los tres soldados dirigieron su atención hacia él.

El recién llegado llevaba una camisa de camuflaje y pistola; en la cabeza, una boina negra.

—Coronel —uno de los rebeldes saludó con la mano derecha cuando salía. En la mano izquierda, llevaba una cesta repleta con la ropa de la abuela y la muñeca de trapo de Marie.

El Coronel observó la tienda. Miró a Marie fijamente.

“Oh, no, por favor Dios mío, no”, pensó Marie, mientras recordaba el inolvidable hedor a fango y podredumbre.

Su padre se colocó entre ambos.

—Por favor, señor —dijo—. Páreles. Se lo han llevado todo.

El Coronel rebelde se rascó la nuca.

—Espero que no. No creo que esos trapos y esa basura sean una donación muy generosa a la lucha del pueblo por la libertad, ¿cierto? —se dirigió a sus guardias, que sonrieron y negaron con la cabeza.

—¿Ve?, ellos opinan lo mismo —el Coronel lucía una amplia sonrisa—. Ya sabe lo que pienso. Pienso que deben contribuir más a la causa. Para su propia liberación, por supuesto.

El Coronel se rió. Sacó una pistola de su cinturón y apuntó al padre de Marie:

—Su donativo, por favor.



Marie miraba mientras su padre intentaba explicar:  
—No tenemos nada. Los soldados se llevaron nuestro dinero. Se lo llevaron todo.

El Coronel apuntó a la madre de Marie:

—¿Me estás diciendo la verdad? Porque si no...

—Sí —suplicó el padre de Marie—. Es la verdad. No tenemos dinero.

—¿Sabes qué? Te creo —el Coronel apartó la pistola—. ¿Qué puedo decir? Eres un hombre con suerte. Mucha gente está muriendo esta noche, bajo mis órdenes. Pero te voy a dejar vivir.

—Gracias.

—Pero, visto que no tienes dinero, ni diamantes... —el Coronel miró a Marie—. Me la llevaré como pago.

El Coronel la señaló, y el rebelde que estaba cerca de Inez agarró a Marie, arrastrándola hacia la puerta. La mamá de Marie intentó apartarle de un empujón, pero el hombre la lanzó contra la pared. Levantó a Marie por la cintura, llevándola apoyada sobre la cadera.



Uno de los otros soldados le cortó el paso. Con toda tranquilidad, dirigió el cañón del arma contra la cabeza del padre de Marie y apretó el gatillo.

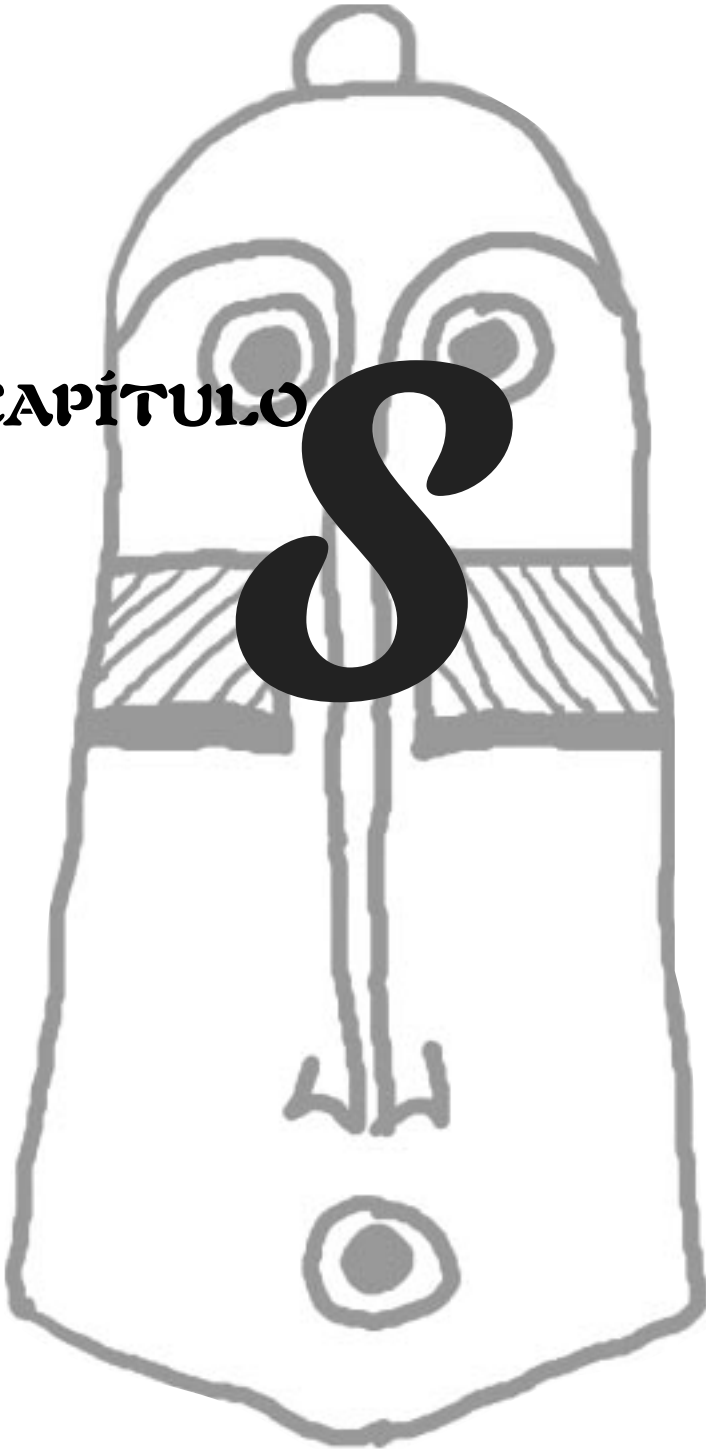
—¡Padre! —gritó Marie. Mientras se la llevaban, vio cómo caía el cuerpo sin vida de su padre; oyó cómo chocaba contra el suelo.

El campamento estaba ardiendo. Las lágrimas de Marie no pudieron apagar el fuego. Siguió revolviéndose y chillando por su padre. Al fin, el rebelde que la llevaba, la lanzó al suelo. Sacó dos trozos de cuerda del bolsillo y la ató de pies y manos. Entonces encontró un viejo trapo lleno de gasolina y le amordazó la boca. Marie podía percibir el sabor a carburante, y el olor del humo de las hogueras que la rodeaban. El rebelde la cargó sobre su hombro y caminó hacia el río. Cuando habían cruzado la mitad, Marie levantó la cabeza y miró fijamente el campamento. Parecía que todas las tiendas estaban ardiendo. Cuando llegaban a la otra orilla, las hogueras parecían motas de luz naranja contra el cielo negro. Con cada paso, los puntos resplandecientes menguaban, como luciérnagas desvaneciéndose en el pasado.



**CAPÍTULO**

**S**



**M**arie sentía una sanguijuela en la pierna, pero no podía hacer nada. Seguía teniendo las manos y los pies fuertemente atados, y se estaba asfixiando con el trapo que hacía de mordaza. La sanguijuela se había afe-r-rado cerca del tobillo cuando cruzaron el río. De eso hacía una hora; durante ese tiempo ya había cambiado dos veces de manos, los rebeldes hacían turnos para llevar lo que les había oído llamar “el último trofeo del Coronel”.

Marie no podía ver adónde la llevaban, pero sabía que habían abandonado la carretera y que se encontraban en la jungla.

## *El olor era inconfundible*



y las ramas bajas y los arbustos le arañaban la piel dado que los rebeldes se movían entre la densa maleza como si estuvieran en una calle despejada.

No pasó mucho tiempo, pero a Marie le pareció toda una vida, hasta que los pasos de los rebeldes cambiaron. Marie supo que estaban en un pantano por los sonidos suaves y pegajosos, debidos al fango. Cerró los ojos y rezó, ater-

rorizada tanto por sus captores como por las cobras que acechaban en la oscuridad. Una miríada de mosquitos le picaban en las piernas, los brazos y la cabeza, que estaban al descubierto.

Hasta una hora después, más o menos, los pasos no volvieron a resonar como si caminaran sobre terreno sólido. Marie se esforzó en levantar la cabeza y así ver una carretera



de tierra pisada. Los rebeldes se movían ahora más deprisa, y pronto oyó otras voces que se unían a los pasos.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó una voz de hombre.

—¿Es para mí? —dijo otro sonriendo.

—Es para el Coronel —respondió uno de los rebeldes del grupo que portaba a Marie—. Ya sabes que no comparte a las nuevas.

—Por eso me encantan las antiguas, rió un rebelde.

—Y, ¿quién sabe? —dijo otro.

De repente, Marie sintió una mano que le tiraba de la cabeza por el pelo. Intentó gritar de dolor, pero sólo se atragantó con la gasolina, que le bajaba por la garganta. El rebelde le puso la cara frente a la suya. Le apestaba el aliento y sus ojos parecían muertos.

—Puede que algún día sea coronel, y entonces podré elegir a las mejores como esposas.

Empujó la cabeza de Marie hasta que su cara golpeó la espalda del rebelde que la portaba.

—De todas formas, ésta está demasiado delgada para mí.

—Seguro que no vives para llegar a coronel —dijo otra voz de un rebelde. Muchos hombres se rieron, como si hubiese dicho una broma muy buena, o una gran verdad.

Ahora había luces a un lado de Marie, pero no podía mirar para ver de dónde procedían.

Los rebeldes giraron y siguieron andando. Marie oyó cómo se abría una puerta. La llevaron al interior de un edificio y la tiraron encima de un sofá viejo. Tenía la cara contra el respaldo. La tela olía a humo de puro y a moho.

—Cuidadla bien —uno de los rebeldes ladró una orden—. El Coronel nos ha encargado traerla aquí.

—Sal de aquí —dijo bruscamente una voz de mujer—. Ya sé lo que tengo que hacer.

Marie oyó fuertes pisadas que se alejaban y un portazo. Otros pasos más suaves se acercaron al sofá.

Alguien la estaba desatando y quitándole la mordaza. Unas manos de mujer la ayudaron a sentarse en el sofá.

Marie observó la habitación con desesperación. Las



paredes grises de hormigón estaban llenas de agujeros de balas. Encima de la puerta, Marie vio las palabras “Embajada del EPL — hogar del Coronel Sam Munduba” escritas con carbón. El hormigón del suelo estaba recubierto con baldosas verdes y grises, la mayoría rotas por las esquinas. Había una silla desvencijada en una esquina y un banco de madera bajo una ventana abierta.

Marie se centró por un momento en una mesa, en la esquina más alejada de la habitación. Era rectangular y a cada lado había una silla de cocina de madera. Lo que llamó la atención de Marie fue el hecho de que estuviera cuidadosamente cubierta por un mantel de cuadros blancos y azules. En el centro, había una vieja lata de sopa. Le habían quitado la etiqueta y la habían pulido con esmero. Contenía una preciosa flor rosa.

—¿Dónde estoy? —preguntó Marie, sin apartar la vista de la flor.

La mujer, que estaba sentada a su lado, la abrazó.

—Calladita ahora, calladita.

—¿Dónde estoy? —Marie gritó e intentó levantarse.

La mujer la volvió a sentar y le puso la mano cariñosamente sobre la boca.

—Tienes que callarte. Los guardias están en la puerta. ¿Quieres que vuelvan los hombres?, ¿quieres?

Marie negó con la cabeza, la mirada aterrorizada. Despacio, la mujer apartó la mano.

—Me llamo Isabelle —dijo la mujer.

Abrazó más fuerte a Marie, intentando que parara de tiritar. A Isabelle la niña le parecía un pajarillo asustado que se había caído del nido.

—Sé que estás asustada, pero intenta ser valiente.

Marie la miró a los ojos, marrones oscuro. No mostraban felicidad, pero parecían amables y bondadosos.

Isabelle aparentaba unos veinte años. Su piel era un poco más clara que la de Marie y llevaba el pelo muy corto. Vestía una camiseta negra de algodón sin mangas y unos tejanos cortos.

Marie empezó a llorar.



—Pobre niña mía —susurró Isabelle mientras le acariciaba el pelo—. Ya pasó.

—No —sollozó Marie—, han matado a mi padre.

—Matan a muchos padres —la mujer pronunció estas palabras terribles con voz suave y muy triste, como si estuviera recordando algo que hubiera ocurrido hacía muchos años. “Tan bonita”, pensó Isabelle, “tan joven”.

—Dime tu nombre.

—Marie.

En el exterior, alguien borracho profería gritos y risotadas.

—Deprisa —dijo Isabelle—, ven a la habitación. ¡Rápido!

Isabelle llevaba a Marie casi a rastras a una habitación, a la que se accedía por una puerta pequeña al lado de la mesa. Marie se dio cuenta de que Isabelle cojeaba ligeramente, pero esto no disminuía su fuerza, o su determinación.

—Escúchame: métete en la cama y hazte la dormida.

Marie observó la ventana abierta.

—Huyamos. Ahora.

—*No!* —dijo Isabelle—. No debes huir nunca. ¡Nunca!

Isabelle vio que Marie seguía mirando la ventana.

—Además, siempre hay dos guardias ahí fuera. Ahora, date prisa —agarró a Marie por el brazo y la metió en la cama—. Deja de llorar, o te oirá.

Marie se metió una esquina de la almohada en la boca y asintió con la cabeza.

Isabelle la cubrió con una manta de color claro, dejándole tan sólo la cabeza al descubierto. Echó un vistazo al cuarto de estar, de donde provenía la cada vez más cercana voz del Coronel.

—Cierra los ojos. No los abras. Debe pensar que estás dormida.

Sabía que se estaba arriesgando demasiado, pero había algo en Marie que le recordaba a la niña que había sido. No pensó en el peligro, aunque intentar salvar a Marie le podría





costar la vida, una vida que le había sido arrebatada hacía casi diez años.

—¿Dónde está? —el Coronel estaba borracho, dio un portazo y preguntó.

—Silencio, mi Coronel —Isabelle salió rápidamente de la habitación—. Está en mi cama, dormida.

—¡No la he traído aquí para dormir! —bramó el Coronel.

—Debe esperar. Está enferma.

—¡Enferma! ¿Cómo de enferma?

—Tiene fiebre.

El Coronel caminó hacia la puerta.

—Si se acerca demasiado a ella, pillaré la fiebre. Podría morir.

El Coronel se detuvo.

—¿Cuánto tiempo?

—Días. Una semana, quizá.

—Puedo esperar —dijo el Coronel arrastrando las palabras—. Déjala ayudar con los bebés hasta entonces.

El Coronel se dirigió tambaleándose a su habitación y se derrumbó sobre la cama. El sonido de los ronquidos, consecuencia del alcohol, pronto inundó la casa.

Isabelle respiró profundamente. Reptó dentro de la cama con Marie, y la sintió tiritar:

—Cálmate y duerme. Te lo contaré todo, mañana.

Marie no podía hablar; sentía que no podía siquiera respirar. Pero de alguna forma, en algún momento de la noche, se quedó dormida. Durmió sin sueños ni esperanzas por el día que empezaba.

Marie no abrió los ojos cuando se despertó. Durante mucho tiempo, se quedó tumbada de lado con los ojos fuertemente cerrados. Se abrazó a las piernas, dobladas hasta quedar pegadas a su pecho.

*A lo mejor todo había sido un sueño —pensó—. A lo mejor Roseta y Carmella están en la cama, y pronto madre empezaría a llamarnos para que nos levantáramos y padre...*

Marie abrió los ojos. No sabía cuánto había dormido,



pero lucía el sol y ya hacía bastante calor. Oyó a un hombre y a una mujer en la otra habitación. El hombre daba órdenes, y la mujer prometía obedecer.

—A mi regreso estará bien, sin fiebre.

—Sí, Coronel.

Marie se acercó a la puerta a hurtadillas. Estaba ligeramente entornada, lo justo para que pudiera ver al Coronel y a Isabelle de pie junto a la mesa. Isabelle le pasó una pistola, y él se la puso alrededor de la cintura. Volvía a vestir con la camisa de camuflaje y la boina negra.

—Ahora, bésame.

—Sí, Coronel.

Isabelle se inclinó hacia delante. El Coronel la agarró y la besó toscamente antes de dar la vuelta y abandonar la casa sin más palabras. Marie observó cómo Isabelle se limpiaba los labios con el dorso de la mano. Marie empujó la puerta:

—¿Adónde se va?

—A luchar —respondió Isabelle sin volverse.

—¿Cuándo regresa?

—Si tenemos suerte, nunca —dijo Isabelle. Se giró hacia Marie y sonrió—. Pero, ¿tenemos pinta de tener suerte?

—Quiero irme a casa. Quiero ir con mi madre y mis hermanas.

—No puedes.

—Pero ... si se va.

—No importa. Te encontrarán. Te matarán, o algo peor.

—¿Qué es peor?

Isabelle se sentó a la mesa, e invitó a Marie a que hiciera lo mismo. Marie se quedó de pie.

—Cuando me trajeron, me pusieron con un grupo de cinco chicas de mi edad. Hubo un intento de fuga, las mataron a todas, menos a mí.

—¿Por qué?

—Porque yo fui la que intentó escapar. Me forzaron a mirar y a escuchar cómo morían. Después me hicieron esto.

Isabelle se giró y se levantó la camisa. Tenía la espalda cubierta de cicatrices que iban de los hombros a la cintura.

—Y esto para que no pudiera correr —mostró a Marie



dónde le habían acuchillado en los talones y en las plantas de los pies.

—Son unos monstruos —dijo Marie.

—Son lo que son.

—¿Cuántos años tenías?

—Diez u once. Más pequeña que tú, seguro. El Coronel me dejó vivir porque le gusté. Me hizo su esposa porque sabía cocinar.

—Yo no sé cocinar.

—Pero tú eres muy, muy bonita. Ésa será tu maldición.

—¿Qué me va a pasar?

—No lo sé.

—¿Puedes decirme dónde estoy?

Isabelle se levantó de la mesa y se dirigió hacia la puerta. Ahora Marie era mucho más consciente de su cojera.

—Ven —dijo Isabelle—. Te lo enseñaré.

Marie la siguió.

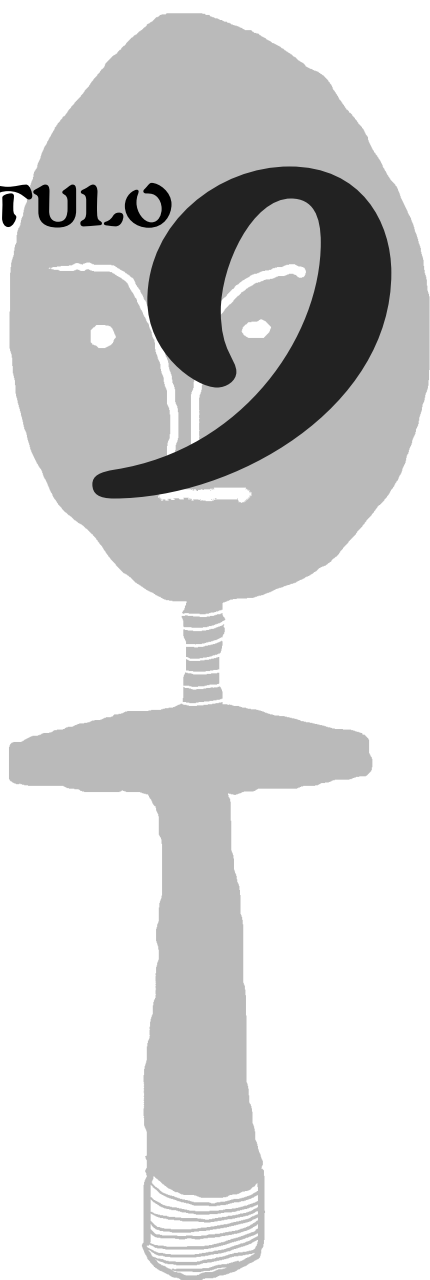
—¿Y por qué no sabes cocinar? —preguntó Isabelle.

—Prefería ir a la escuela y aprender a leer.

—Aquí es mucho más útil saber cocinar.



**CAPÍTULO**



**M**amita, ¿adónde vas? —un niño de no más de once años apuntó su automática hacia Marie e Isabelle.

—No me apuntes con eso —chilló Isabelle.

—Siyaad apunta a donde Siyaad apunta —el niño saltó frente a Marie—. Siyaad mata a muchos, muchos niños-soldado —apuntó su arma a la calzada y fingió disparar.

*¡pum pum pum!*

¡Ningún superviviente!

—rió Siyaad.

—Vámonos —Isabelle pasó por delante de Siyaad y arrastró a Marie con ella.

Siyaad las siguió.

—¿Viene con nosotras? —preguntó Marie.

—Es lo que al Coronel le gusta llamar nuestro “guardaespaldas”. No vamos a ningún sitio solas.

Siyaad

simuló disparar a una bandada de pájaros que volaban sobre sus cabezas.

—Siyaad está herido y todavía no puede luchar. Por eso está aquí —dijo Isabelle.

—¿Herido? —preguntó Marie—. Pero si es tan sólo un niño.

—No te equivoques. Nos mataría a cualquiera de las dos sin pensarlo siquiera.

—¿Está loco?

—Por supuesto —respondió Isabelle.

—Es demasiado joven para estar tan loco.

—Tenía siete años cuando asaltaron su poblado. Le obligaron a asesinar a sus padres con un machete. Después se lo llevaron. No tenía a nadie salvo los rebeldes.

—¡Ningún superviviente!

Isabelle agarró a Marie de la mano mientras caminaban por un angosto sendero lleno de barro hacia el campamento rebelde, donde se había ubicado un poblado muchos años atrás.

—Ni se te ocurra desafiarle, a él o a ninguno de los pequeños. No se lo piensan dos veces antes de matar. No tiene mujer ni hijos. No le tienen miedo a nada.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Marie.

Le resultaba difícil seguir el paso lento de Isabelle. Escuchaba a Siyaad reírse detrás de ellas. A veces, adelantaba el paso y tocaba la espalda de Marie, haciéndola saltar. Eso le hacía reírse a carcajadas.

—Mantienen a los pequeños drogados: alcohol, marihuana, cocaína, *brown-brown*, que es una mezcla de güisqui con pólvora, y una pastilla que llaman “burbujas” y que hace que les lata el corazón más rápido, como si fuera un tambor. Antes de una batalla mezclan güisqui de caña y pólvora y les obligan a beberlo.

—¿Por qué?

Isabelle no apartaba la vista del camino.

—Para que maten y no paren hasta que todos estén muertos. La mayoría ni recuerda lo que han hecho.

Los tres giraron en una esquina. Ahora se encontraban en la calle principal del campamento, tan llena de maleza que más bien parecía un sendero sucio que una auténtica carretera. A los lados, se levantaban edificios pequeños, de una planta, construidos con hormigón; muchos estaban destruidos por granadas, todos repletos de agujeros de bala



y señales de incendios. A su paso, Marie observó que la jungla empezaba a reclamar los peores edificios, los que ni siquiera los rebeldes podían usar.

—Esto fue una vez un poblado —dijo Isabelle—. Yo tenía amigos aquí cuando era pequeña. A veces, mis padres me traían a jugar, pero... —Isabelle no terminó; sólo continuó caminando.

La calle, de más o menos medio kilómetro de largo, estaba casi desierta. Se cruzaron con un grupo de cinco hombres apostados en la puerta de un edificio bebiendo cerveza. Las armas estaban alineadas contra el muro, saludaron alegremente a Siyaad, y silbaron e hicieron gestos a Marie y a Isabelle.

—Es allí donde van a beber —dijo Isabelle, mirando de frente.

Marie vio a un grupo de niños de la edad de Siyaad, les llevaban a otro edificio. Las palabras

Sala de vídeo  
para niños-soldados

*figuraban  
pintadas  
en un lateral.*



Había un cartel con la palabra “Stallone” escrita con letras grandes en la parte superior y, debajo, una fotografía del actor disparando un arma enorme.

—¡Yo soy Rambo! —Siyaad bailaba frente a Marie e Isabelle— ¡Siyaad mata igual que Rambo!

Siyaad dirigió su arma al aire y disparó una descarga de balas. Marie chilló. Hombres y niños salieron de varios edificios con sus armas, preparados para disparar.

—Oh, oh —dijo Siyaad alegremente—. A Siyaad se le fue el dedo, eso es todo, no pasa nada.

Los rebeldes volvieron tranquilamente a lo que estaban haciendo. No era nada nuevo que a Siyaad “se le escapara el dedo”.

—Obligan a los recién llegados a ver esa estúpida película de Rambo una y otra vez, hasta que se la creen —dijo Isabelle susurrando—. Las drogas hacen el resto del trabajo.

—Sería mejor que cerrases la boca sobre Rambo, mamita —Siyaad saltó delante de Isabelle—. No necesito drogas para matarte por tu libertad. Porque, ¿quién soy yo, mamita?

Siyaad apuntó a Isabelle. Ahora su voz sonaba tranquila, sus ojos desprovistos de vida:

—¿Quién es Siyaad, mamita?

—Siyaad es Rambo —dijo Isabelle sin ningún tipo de emoción.

—¡Sí! Exacto, ¡ése soy yo! —Siyaad sonrió ampliamente y les abrió paso bailando.

No les llevó mucho tiempo llegar al final de la calle. Una vez allí, se pararon frente a un edificio largo. Los cristales de las ventanas habían desaparecido y ahora estaban cubiertas con láminas de metal oxidado. Habían pintado el hormigón de rojo hacía muchos años, pero ahora la pintura estaba descolorida y se había desconchado. Algunos arbustos espesos tapaban parte del edificio, de forma que todo lo que se podía ver era un fondo rosáceo bajo la vegetación exuberante.

—Ya hemos llegado —dijo Isabelle—. Aquí es donde las niñas pasan el día. Aquí es donde trabajamos.





Lo primero que llamó la atención de Marie fue que no había techo. De los cuatro muros sobresalían las copas de los árboles, y casi parecía un marco que abarcaba el cielo azul y las nubes hinchadas sobre sus cabezas. El edificio era grande, quizá tan largo como un campo de fútbol, y la mitad de ancho.

La segunda cosa en la que se fijó Marie fueron muchos bebés llorando y chillando. Isabelle y ella pasaron a una veintena de niñas en un grupo junto a uno de los muros. Cada una estaba alimentando a un bebé con lo que parecía una mezcla de arroz, plátano aplastado y leche de cabra. Algunas de las chicas tenían la edad de Marie; la mayoría eran más pequeñas.

—¿De quién son esos niños? —preguntó Marie.

—Suyos —respondió Isabelle escuetamente—. Suyos.

Al fondo del edificio, Marie vio bastantes mujeres y niñas lavando ropa en grandes tinas y tendiendo ropa de hombre en cuerdas que colgaban de un lado al otro del edificio.



*Habría cientos  
de camisas,  
pantalones  
de camuflaje,  
pares  
de calcetines  
y ropa interior.*



Isabelle vio que Marie las observaba:

—Lavamos la ropa para ellos, cocinamos para ellos, tenemos sus hijos y ellos nos dejan vivir.

Alguien empujó a Marie por la espalda:

—¡Basta ya, Siyaad! —gritó Marie.

Se giró, tan sólo se trataba de una niña de siete años que estaba corriendo mirando hacia atrás.

La niña miró fijamente a Marie antes de decir “lo siento” y volver corriendo con sus amigas.

—¿Dónde está Siyaad?

—Nunca entraría aquí —dijo Isabelle—. ¿Para qué? No vamos a ningún sitio.

Marie volvió a observar que todas las ventanas estaban tapadas. Sólo había un lugar para entrar y salir.

—¿Y toda esta gente?

—Las mujeres o las novias de los rebeldes, o mujeres rebeldes.

—Prisioneras.

—Usa la palabra que quieras. Estamos aquí, y ya está.

Al mirar alrededor, Marie vio mujeres y niñas de todas las edades. La mayoría eran jóvenes, muchas eran niñas. Había algunos niños, pero ninguno mayor de siete años.

—Vamos —dijo Isabelle—, es la hora de ir a la escuela.

—¿A la escuela?

—Escuela de cocina.

Isabelle y Marie se unieron a un grupo de mujeres y niñas que se afanaban en cortar verduras y en remover grandes cacerolas sobre fogatas.

—Empezaremos con algo fácil —dijo Isabelle—. Puedes hacer fufú.

—No sé hacerlo.

Isabelle y las otras mujeres se rieron:

—Tienes suerte de que la mayoría de los hombres se haya ido —dijo—. No te gustaría equivocarte con su fufú.

Aquel día, Marie aprendió a cocinar el fufú. Redujo las raíces de mandioca a harina machacándolas y después las hirvió hasta conseguir una masa pastosa. También aprendió



cómo hacer un estofado con carne de cabra y verduras con el que se serviría el fufú.

—¿Dónde consiguen toda esta comida? —preguntó Marie.

—Lo que necesitan —respondió Isabelle— lo toman.

Además de cocinar, ese día Marie lavó ropa y vigiló a los niños. En cada momento pensaba en su familia y lloraba. Cuando lo hacía, Isabelle se la llevaba a un lado y le hablaba hasta tranquilizarla.

—¡Tenéis electricidad!

Marie se sorprendió cuando Isabelle encendió una bombilla aquella noche en la casa del Coronel. La noche anterior estaba tan asustada que ni se había fijado.

—Tienen dos generadores —explicó Isabelle—. Uno para la casa del coronel y otro para el bar y la sala de vídeo.

Marie e Isabelle hablaron durante horas aquella noche, y todas las noches de la siguiente semana y media. Cada una recordó a su familia, y cuáles habían sido sus sueños. Por el día, Marie trabajaba, y anhelaba el día en que su mayor problema era que el profesor la sorprendiera dibujando su cara en el barro.



**CAPÍTULO**

# *10*

Cada día parecía más caluroso que el anterior. Sin techo, las niñas y mujeres estaban a la intemperie y sólo contaban con sus pequeñas argucias. Utilizaban mantas enganchadas a cuatro palos o a cuatro tableros que enterraban en el suelo. Era la única sombra disponible, y normalmente estaba tomada por las madres jóvenes con sus hijos, o enfermos de malaria u otras afecciones. Hasta entonces, Marie ya había visto a la mujer que hacía de enfermera salir y volver a entrar con algunos hombres para que se llevaran el cuerpo de alguien que había muerto. En dos de las ocasiones, sólo se había requerido la ayuda de un hombre porque el muerto era un bebé. Había muy pocos medicamentos en el campamento, y los que había se reservaban para los soldados.

Una mañana, mientras Marie estaba cortando verduras, vio a un hombre entrando en el edificio.

—Quédate aquí —dijo Isabelle.

Dejó a Marie y se dirigió rápidamente hacia el hombre, que dijo algunas palabras antes de dar media vuelta e irse. En un momento, mujeres y niñas rodearon a Isabelle. Después, todas corrieron en diferentes direcciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Marie en cuanto Isabelle regresó.

—Son los hombres —dijo Isabelle con tristeza—, que regresan.

Una oleada de excitación y aprensión recorrió el edificio a medida que las noticias volaban de un lado al otro. Para algunas, era un momento de dicha y felicidad, la vuelta a casa. Para otras, no significaba más que pánico y temor.

—¿Qué hago? —Marie empezó a sentir que tiritaba. Necesitaba una respuesta—. ¿Qué hago?

—Haz lo que se te diga —Isabelle agarró a Marie fuertemente por los hombros—, ni más, ni menos.

—A lo mejor se ha olvidado de mí.



Isabelle miró a Marie. Como ella misma, sabía que su joven amiga sólo guardaba dos esperanzas. La primera, que bebiera mucho y se olvidara. La segunda, que hubiera muerto. En alguna ocasión en todos estos años, la primera esperanza había sucedido. Seguía rezando para que la segunda se hiciera realidad.

—Sólo sigue cocinando, Marie. Cocina.

Mientras picaba, Marie observó lo que parecía una actividad frenética en el edificio. Las madres lavaban a sus hijos y los preparaban para la llegada de los padres. Otras se peinaban mutuamente intercambiándose los cepillos, o se ayudaban con la ropa, para estar guapas a la hora de recibir a sus maridos.

*Una chica llamada Binta corrió  
hacia Marie con su bebé  
de 8 meses en brazos.*

—¿No es maravilloso?  
—dijo Binta—. Mi Adamu estará pronto en casa. Ya le conocerás, Marie. Ya verás cómo los hombres del EPL también son buenos papás.

Binta tenía 14 años. Se la habían arrebatado a su familia cuando tenía tan sólo 18 meses de edad, y únicamente conocía la vida en el EPL. Había intentado convencer a Marie de la corrección de su causa, y que el sacrificio por la lucha era noble y honroso. Marie sentía lástima de ella. Desde su punto de vista, Binta tan sólo repetía las consignas del EPL como si fueran hechos, y no como sus propios pensamientos. Sin embargo, admitía que Binta parecía estar muy enamorada de Adamu, su esposo rebelde.

Surgieron rumores apenas llegaron las noticias. Se hablaba de victoria, y de que soldados de otras unidades se



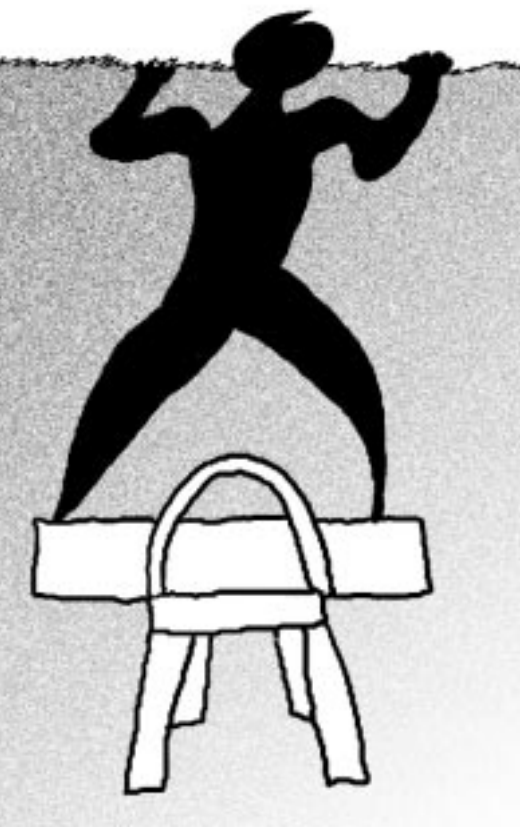
unirían a la celebración. Las mujeres debían darles la bienvenida. También se tanteaba en susurros la cifra de heridos, y de muertos.

Cuando finalmente llegaron los rebeldes una hora más tarde, todas las chicas con maridos o niños corrieron a recibirlos.

—Quédate aquí —le dijo Isabelle a Marie—. No salgas.

Marie miró cómo Isabelle salía por la puerta. Observó a las que se quedaban atrás. Había chicas que tenían a los hijos demasiado enfermos como para moverse, y otras que sólo intentaban esconderse.

Se oyeron varios disparos. Después, gritos de alegría y de aclamación. Marie sabía que no debía, pero le pudo la curiosidad. Empujó una mesa de madera contra la pared frontal del edificio. Colocó una silla encima, y un cajón sobre la silla.



*Trepó  
con cuidado  
hasta que pudo  
mantenerse  
de puntillas  
y mirar sobre  
el muro.*

Marie vio a muchos soldados rebeldes entrar en el poblado. Niños de no más de diez años cargaban con sus armas al lado de hombres de veinte o treinta años. Los más pequeños portaban los suministros y la munición en cestas, o armas automáticas requisadas a las manos enemigas.

Marie miró a Siyaad corriendo de un rebelde a otro esperando escuchar cada detalle de la batalla.

Entonces, Marie vio a varios rebeldes al frente de una fila de niños, tendrían entre siete y quince años. Estaban atados unos a otros con una larga cuerda alrededor del cuello. Llevaban las manos tan fuertemente atadas que se les juntaban los hombros en medio de la espalda.

Justo delante de ella, tiraron a todos los chicos al suelo. Marie miró a la derecha y vio que el Coronel se acercaba. Llevaba a un niño de unos seis años cogido de la mano.

El Coronel caminó cerca de los chicos que estaban en el suelo.

—Ésta es vuestra oportunidad de uniros al Ejército Popular de Liberación y convertiros en luchadores por la libertad. Si no, podéis quedaros aquí al sol hasta que muráis.

Empezó a irse, cuando uno de los chicos afirmó:

—Nunca me uniré a vosotros.

El Coronel se detuvo y regresó a donde estaba el chico. Le levantó la cabeza del barro cogiéndole del pelo.

—¿Nunca te unirás?

—No —la voz parecía atascarse en la garganta del chico.

—Muy bien.

El Coronel dejó caer la cabeza. Sacó la pistola del cinturón y se la dio al niño de seis años:

—Mátale.

Cuando el niño dudó, el Coronel le empujó por encima del chico y le obligó a colocar el arma a la altura de su cabeza:

—¡Aprieta el gatillo! —gritó.

El chico en el suelo empezó a llorar. El niño hizo lo que le ordenaron.

—Bien hecho —rió el Coronel—. Muy bien.





Marie se apoyó sobre los talones y descendió lentamente. Se sentó bajo la mesa, y así pasó mucho tiempo.

Binta había corrido fuera del poblado para encontrarse con su marido. Ahora estaba de pie en medio de la carretera sujetando al niño con el brazo izquierdo. Estaba completamente sola. Todos los demás habían pasado. Lo que empezó como un gemido fue aumentando hasta convertirse en un grito. Al poco tenía la garganta dolorida y no emitía ya ningún sonido. Pero, aún así, siguió gritando. Con la mano derecha, Binta agarraba un trozo de tela que había cortado de su vestido favorito. Uno de los rebeldes se lo había dado al pasar. Se lo había dado a Adamu antes de partir.

—Es mágico —le había dicho—. Guárdalo junto al corazón.

El trozo de tela tenía ahora un agujero en medio, y estaba cubierto de sangre.



CAPÍTULO

# 11



**E**l Coronel intentó agarrar a Marie, pero ella se apartó rápidamente; casi se le caen las cuatro botellas de cerveza que tenía que llevar a su mesa en lo que los rebeldes llamaban Bar Libertad. Dejó las cervezas en la esquina opuesta al Coronel y se alejó apresuradamente.

—Tu gacelita es muy guapa —bromeó el comandante de otra unidad del EPL mientras le daba al Coronel una palmada en la espalda—. Pero quizá es también demasiado rápida para un viejo león guerrero como tú.

—Al final, el león siempre caza a la gacela —respondió el Coronel, sin apartar la vista de Marie. Bebió un trago largo de una botella de güisqui que había sobre la mesa—. Será mi nueva esposa.

—Lo que digas —rió otro oficial, que levantó su botella para saludar al Coronel—. Pero no la dejes hablar con las otras.

En la calle, los soldados rebeldes lo celebraban a la luz de varias hogueras. La música de rap estadounidense se superponía al sonido de la noche africana mientras los rebeldes bebían y bailaban con los mejores tejanos Calvin Klein y zapatillas Nike. Los niños de los pueblos de alrededor se alineaban en la carretera y rogaban a los rebeldes que les dieran al menos un cuarto de lata de soda, prometiendo unirse a la lucha si lo hacían. Algunos de los rebeldes lo encontraban muy divertido. Lanzaban una lata casi vacía a los niños, y apostaban a cuál de ellos conseguiría alcanzarla primero.

La luz eléctrica del generador salía a borbotones por las ventanas del bar y de la sala de vídeo, como si la propia luz intentara escapar. En el bar, al menos 50 hombres llenaban un espacio de no más de seis por seis metros. El Bar Libertad no era más que un edificio de hormigón de una sola planta; en otro tiempo, una tienda de bicicletas. Los rebeldes lo eligieron para el “bar” porque era el edificio menos dañado



de toda la calle. Aún así, las feas paredes grises mantenían vivos los restos de una antigua batalla, y estaban llenas de pintadas. ¡*EPL* es libertad!, ¡Muerte a los traidores!, ¡Ningún superviviente!, ¡Dios está con nosotros — *EPL*!

Había tres mesas viejas en la habitación, y un sofá destrozado junto a una pared. Aún así, la mayoría de los hombres permanecían de pie mientras bebían y fanfarro-neaban. Una docena de chicas, las que consideraban más guapas del campamento, les servían güisqui y cerveza. El Coronel había reunido varias unidades rebeldes, y quería que todo resultase perfecto.

Los hombres tocaban a las chicas cuando se acercaban y las obligaban a sentarse sobre sus rodillas. A veces, alguna de las chicas desaparecía con uno o más rebeldes y no regresaba. El Coronel simplemente ordenaba reemplazarla con la siguiente en su lista. Sólo Marie estaba prohibida. Pertenecía al Coronel y a nadie más.

Marie permanecía de pie entre el frigorífico y una pared de hormigón. El humo de cigarrillos, puros y marihuana llenaba la habitación y se mezclaba con el olor a cerveza, a sudor y a mugre. El Coronel estaba orgulloso del frigorífico. Lo había “liberado” hacía unos meses de un hospital situado en un sector controlado por el Gobierno.

Isabelle le había indicado a Marie lo que debía hacer esa noche. Debía vigilar la mesa del Coronel y asegurarse de que a sus invitados no les faltara cerveza o güisqui. Era la primera vez que Marie debía enfrentarse sola al Coronel. A Isabelle le habían ordenado retirarse y cuidar de los niños mientras los rebeldes lo celebraban con sus madres. De hecho, el Coronel le había ordenado que se mantuviera alejada durante toda la noche.

—Isabelle, no puedes dejarme con él. No puedes —Marie tomó la mano de Isabelle, pero ella la retiró.

—No tienes elección. Sólo intenta que se emborrache mucho —había dicho Isabelle antes de dejar a Marie en el bar—. Eso es lo que yo siempre hacía en estas celebraciones. Ahora te toca a ti.



Marie hizo lo que le había dicho. Vigilaba la mesa y servía más cerveza y güisqui antes de que se acabara lo que quedaba. Entonces regresaba a su escondite junto al frigorífico hasta que llegaba la hora de repetir la operación.

Marie no quería ver lo que les estaba pasando a otras chicas en la sala; intentaba mirar sólo a la mesa. Por esta razón, casi ni se dio cuenta de que la puerta principal se había abierto y que tres niños-soldado habían entrado. Les echó un vistazo rápido, pero no reconoció a ninguno hasta que llegó a la mesa del Coronel para entregar un mensaje a uno de los otros líderes.

—Oh, no —susurró Marie.

El chico que estaba más cerca del Coronel sonreía ampliamente: era Paul, de su poblado. Marie vio que llevaba un machete en el cinturón, y que sus ojos miraban de forma extraña, con un atisbo de locura. No podía oír lo que decía, pero podía observar sus gestos exagerados.



*Entonces sacó el machete  
y lo lanzó de punta  
sobre la mesa.*



Los hombres estallaron en carcajadas.

Marie observó que el chico que estaba a su lado saltó hacia atrás cuando el machete se incrustó en la madera. No estaba riendo. Marie se centró en su cara, una cara que había visto muchísimas veces antes.

—¿Joseph? —gritó Marie.

El chico se giró lentamente al escuchar su voz. Llevaba un pañuelo alrededor de la cabeza afeitada y tenía la cara pálida. No llevaba camiseta, y Marie vio las letras EPL grabadas en su pecho. Adivinaba que lo que ahora eran heridas dolorosas pronto se convertirían en cicatrices permanentes.

—¿Marie?

La voz era inconfundible:

—¡Joseph!

Marie atravesó la habitación corriendo y abrazó a su amigo. Joseph la abrazó también hasta que sintió un fuerte puñetazo en los riñones. Casi al mismo tiempo, un brazo le agarró del cuello desde atrás.

El otro comandante rebelde se había levantado de un salto en cuanto vio que Marie y Joseph se tocaban. Tiró de Joseph hacia atrás, llevándole a la puerta trasera del edificio. Allí, le tiró al suelo y le pateó entre los omóplatos lanzándolo al exterior. El comandante salió del edificio y se quedó de pie junto a Joseph, que estaba retorciéndose de dolor en el suelo.

—Ya tendrás tiempo mañana para agradecerme que te haya salvado la vida. Ahora, aléjate de esa chica. Pertenece al Coronel, ¿entiendes?

Joseph asintió con la cabeza a la espera de que el hombre continuara la agresión. En lugar de eso, el comandante dio media vuelta y regresó al interior. Había visto cómo el Coronel había echado mano a la pistolera en cuanto Joseph había nombrado a Marie. Lo último que necesitaba era perder un soldado por culpa de una chica.

Joseph se arrastró hasta una palmera cercana y consiguió erguirse hasta quedar sentado contra el tronco. No



podía respirar. Pasaron unos minutos hasta que sintió que tenía aliento, y más tiempo hasta que cada bocanada de aire dejara de dolerle como si alguien le estuviera estrujando los pulmones. Tenía la garganta como si se la hubieran retorcido. En los riñones, el dolor constante alternaba con pinchazos puntuales que le bajaban hasta la pierna derecha. Le habían pegado muchas veces durante las últimas dos semanas, tantas que ya había perdido la cuenta.

Joseph observó el edificio. Vigilaba la ventana esperando ver pasar a Marie. Miró a la puerta, deseando que saliera. Lo hizo, como una hora más tarde.

Marie no había tenido tiempo de reaccionar cuando el hombre se llevó a Joseph. Cuando le arrastraban hacia la puerta, el Coronel la agarró de la muñeca con una mano y apretó fuerte, casi le rompe el hueso.

—¿Es tu novio? —se burló el Coronel antes de que volviera el otro comandante rebelde.

Marie bajó la cabeza y miró al suelo.

—No, señor. No tengo novio.

—Ah, sí, sí es su novio —dijo Paul alegremente.

—¡Cállate! —el Coronel dio un golpe y Paul se apartó.

—Éste dice que es tu novio —el Coronel miró a Paul un segundo antes de fijar sus ojos inyectados en sangre en Marie.

—No, no es verdad —Marie no levantó la vista del suelo.

—Entonces, ¿quién es?

—Sólo es alguien a quien conozco desde hace mucho.

—¿Me estás mintiendo? —las palabras del Coronel parecían cuchillas. La apretó más fuerte.

—No, señor. Nunca lo haría —chilló Marie de dolor.

—Bien —el Coronel le soltó la mano con tanta fuerza que Marie casi se cae al suelo—. ¡Pues trae más bebida!

Mientras regresaba al frigorífico, el otro comandante se reunió con el grupo de la mesa y se burló:

—No se preocupe, Coronel —dijo—. Ese enano no cazará gacela esta noche.



—Sabes que deberías matarle —dijo el Coronel como si estuviera hablando de aplastar una mosca.

—No lo creo —el otro comandante rebelde respondió en el mismo tono despreocupado—. Será un buen soldado. Sólo lleva aquí cosa de una semana y ya ha matado tres veces.

Marie escuchó la conversación. Se sintió mareada, pero no podía caerse. Quería llorar, pero no serviría de nada.

—Te dije que el EPL iría a por ti, niña —dijo Paul.

Caminó junto a Marie como si simplemente fuera hacia el otro lado de la sala y habló entre dientes, para que el Coronel no se percatara.

—Esta noche sí que no te escapas. A lo mejor a mi también me toca algo.

*Paul se marchó y se unió a un grupo de niños-soldado que bebían cerveza apoyados en una pared.*

Señaló a Marie con el dedo y dijo algo que hizo reír a los demás. Marie miró para otro lado y sirvió más güisqui a la mesa del Coronel.

Durante la siguiente hora Marie no cesaba de buscar una ocasión para salir. Sabía que Joseph estaría esperándola. Cada vez que intentaba dirigirse a la puerta, el Coronel la llamaba, pidiendo más güisqui y un beso. Marie dejaba el





güisqui y salía corriendo. Cuanto más bebían los hombres, más se reían del jueguito del Coronel. Finalmente, Marie encontró su oportunidad.

Había estallado una pelea entre un chico de trece años y otro de dieciséis y todos los rebeldes los habían rodeado para ver. Marie caminó con cautela hacia la salida. En el momento en que tocó la puerta, alguien le cortó el paso y la cerró de un portazo.

—¿Adónde vas? —el Coronel le pasó el brazo alrededor de la cintura y se la acercó. Apeataba a güisqui y en la boca mantenía una colilla de puro mordisqueada.

—Sólo iba al baño.

—¿Sí?, ¿al baño?, ¿seguro?

—Sí, señor.

El Coronel la dejó ir y agarró a una chica de 13 años llamada Anita Towa. Marie la conocía del edificio de las mujeres. Las dos habían enseñado a otras tres niñas a saltar a la comba.

El Coronel se sacó una navaja de la bota y lo puso contra el cuello de Anita:

—Si no vuelves, le abriré el cuello, ¿Vale?

Anita empezó a temblar de miedo. Al Coronel le hacía gracia.

—Tu destino está en el baño —rió a carcajadas, le pasó el puñal ligeramente sobre la piel y le dio un sonoro beso en el cuello.

Los ojos de Anita se llenaron de lágrimas.

—No te preocupes —dijo Marie—. Volveré.



CAPÍTULO

12



—¡Joseph? —susurró Marie mientras se alejaba de la puerta.

El escándalo de la celebración todavía inundaba la noche, pero la única luz de la parte posterior procedía de la luna y las estrellas. Los ojos de Marie todavía no se habían acostumbrado a la oscuridad.

—¿Joseph?

—Aquí —respondió otro susurro.

Marie vio una sombra junto a una palmera que se levantaba del suelo.

—Aquí.

Marie corrió en la oscuridad hasta que vio a Joseph.

—No me puedo creer que seas tú —Marie olvidó por un momento dónde estaban y empezó a gritar, pero enseguida bajó el tono—. ¿Qué os pasó en la carretera? ¿Por qué no regresasteis con Inez y la pequeña Mary?

—Estábamos buscándolas cuando el ejército nos apresó —dijo Joseph—. Pensaron que éramos rebeldes y nos metieron en un camión. Cuando llegamos a un poblado, se quedaron con mi padre y con mi tío, a mí me dejaron libre.

—¿Qué les ha pasado?

—No lo sé. No me dejaron quedarme. Los soldados me apuntaron y me dijeron que corriera, y así lo hice. Regresé corriendo para intentar encontraros a vosotros y a mi madre, pero aquella primera noche el EPL me atrapó.

—El EPL mató a mi padre cuando me apresaron —los ojos de Marie se empañaron, pero se centró en su amigo.

—¿Y mi madre? —preguntó Joseph.

Marie negó con la cabeza:

—Se quedó esperándoos.

—No, por favor —echó la cabeza hacia atrás contra el árbol—. Madre no.

—A lo mejor está bien, Joseph —Marie tocó a Joseph en el hombro con cariño—. A lo mejor los rebeldes no llegaron hasta allí. A lo mejor está todavía buscándoos.



—A lo mejor —dijo Joseph sin fuerzas.  
—Sí, a lo mejor.  
—¿Y qué les ha pasado a los demás?  
—preguntó Joseph—. ¿A tu madre?, ¿a nuestras hermanas?

—Tampoco lo sé.

Joseph se desplomó en el suelo.  
Marie se sentó a su lado.

*Se sentaron en silencio*

*y*

*miraron las estrellas.*



Las mismas estrellas que habían mirado tantas veces ahora parecían diferentes, y distantes. La escuela, los juegos, sus casas, sus vidas no eran más que recuerdos y sueños. Ahora la realidad era una pesadilla.

—¿Has matado a tres personas?

Joseph no quitó la mirada de su estrella favorita. Brillaba azul, después roja, después verde y después azul otra vez. Siempre se había preguntado por qué.

—Tienes que escapar.

—Joseph, no puedo, si lo hiciera...

Joseph se levantó de un salto y tiró de Marie.

—Corre, ¡corre ahora!

La empujó, muy fuerte. Como no se iba, la empujó otra vez:

—¡Corre!

—¡Joseph, para!

—¡Corre!, ¡antes de que sea demasiado tarde!

La empujó tan fuerte que Marie se tambaleó.

—¡Corre ahora!

—¿Dónde está mi nueva esposa? —la voz alcoholizada del Coronel resonó desde el interior del bar—. ¡Quiero a mi nueva esposa!

Estaba saliendo.

—Escóndete, Joseph.

Empujó a Joseph detrás del árbol justo cuando se abrió la puerta de repente.

—Ahí estás.

Marie se alejó de la palmera. El Coronel se tambaleó hasta ella y la levantó con un brazo echándosela sobre el hombro, como si fuera un saco de cereales. Mientras la llevaba a casa, cantaba y reía.

El Coronel se cayó dos veces antes de llegar a la casa. Marie sintió sangre deslizándose por su espalda: se había clavado un palo afilado y se le estaba formando un hematoma en un lateral de la rodilla, fruto de un golpe contra una piedra. Pero todo en lo que podía pensar era en Joseph, en cómo había matado y cómo había intentado que escapara.



El Coronel abrió la puerta embistiendo la espalda de Marie contra la madera. Al atravesar el umbral, tropezó y cayó con Marie al suelo.

—Quédate aquí —le ordenó el Coronel mientras intentaba levantarse apoyándose en una mesa—. Creo que necesitamos un trago.

El Coronel alcanzó una caja que estaba al otro lado de la habitación y sacó una botella de güisqui. Después agarró a Marie por la muñeca y la arrastró por el suelo hasta el dormitorio. Una vez dentro, soltó a Marie y abrió la botella. Después de beber un gran trago, se la ofreció a Marie, quien había reptado hasta una esquina alejada.

—Ahora tú.

Marie no dijo nada, sólo se hizo una bola e intentó fundirse con la pared.

—¡He dicho que ahora tú! —gritó el Coronel. Corrió hacia Marie y le puso la botella en los labios.

—No, no —suplicó.

—Bebe —el Coronel le apretó la botella entre los labios y le echó la cabeza hacia atrás. El güisqui se derramó en su boca y por la barbilla. Marie retorció la cabeza para liberarse. El líquido abrasador la ahogaba. Escupió lo que pudo.

—¡Bebe más!

El Coronel volvió a acercar la botella a Marie, pero chocó contra su brazo, soltándose de la mano del hombre. La botella cayó al suelo de baldosas haciéndose añicos.

El Coronel explotó:

—¡Mala pécora!, mira lo que has hecho.

Golpeó a Marie con el dorso de la mano derecha. Sentía como si le hubiera abierto todo ese lado de la cara. Entonces le pegó con la izquierda y el mundo desapareció.

Lo siguiente que sintió Marie fue que le tiraban de los brazos. Abrió los ojos y vio al Coronel atándole las manos con el cinturón. Estaba echada en la cama y le dolía todo el rostro.

—¿Qué está haciendo? —le dolía la cara cuando hablaba. Era como si varios dientes estuviesen sueltos o rotos.



El Coronel ajustó el cinturón hasta que sintió que el cuero le rasgaba la carne. Después, ató los extremos del cinturón en el cabecero metálico.

—Asegurándome que estás cómoda mientras voy a por más güisqui.

Con una mano, el Coronel apretó las mejillas de Marie, de forma que se unieran dentro de la boca. El dolor era insupportable.

—Cuando vuelva, pagarás por lo que has hecho, ¿vale?  
—movió la mano de forma que Marie asentía con la cabeza.

—Bien —el Coronel la soltó y se marchó.



**CAPÍTULO**

# **13**





— **M**arie.

Marie apenas oyó una voz familiar que susurraba su nombre. El sonido flotaba en la niebla que inundaba su mente. Intentó liberarse, pero el cinturón estaba demasiado prieto y demasiado bien atado. Cerró los ojos para rechazar el dolor y empezó a perder la consciencia. Después todo se volvió oscuridad.

Al cabo de lo que le pareció un momento, Marie sintió que la mano de su madre le acariciaba el pelo:

—Marie, despierta. Era hora de ir a la escuela.

—No, mamá, hoy no. Hoy no hay escuela —Marie sonrió y giró la cabeza, deseando que su madre le creyera y la dejara dormir. Nunca había ocurrido, pero Marie lo intentaba casi cada mañana.

—¡Marie!

No, no era su madre, era su padre llamándola.

—Padre, pensaba que te habían matado —farfulló Marie hundida en el colchón—. Te quiero, padre. Te echo tanto de menos. Estaba tan asustada. El sueño era tan real. Ayúdame, padre. Por favor, ayúdame. No quiero despertar. No quiero.

—¡Marie! —el susurro se hizo más alto y más insistente—. ¡Marie!

La voz del padre de Marie se difuminó, y se convirtió en otra. Marie entreabrió los ojos.

—¿Joseph?

—Vamos, date prisa.

Joseph saltó por la ventana. Llevaba una navaja que usó para cortar el cinturón del cabecero. Desató las muñecas de Marie, que estaban magulladas y sangrando. Joseph recordó lo suaves que le habían parecido cuando las agarró para que los dos cayeran al río.

Rey de los Peces, así le había llamado. Joseph se deshizo del recuerdo y sacó a Marie de la cama. Se aseguró de no tocarle las muñecas.



—Vámonos.

Marie intentó ponerse de pie, pero se cayó al suelo.

—No puedo, Joseph —le dolía todo el cuerpo. Se sentía tan débil. Sólo quería descansar, dormir, morir.

—Tienes que hacerlo —Joseph la volvió a levantar—. El Coronel volverá enseguida. Tenemos que movernos rápido.

Joseph la levantó hasta que sus pies tocaron el suelo y la llevó a rastras hacia la ventana.

—No podemos —Marie cerró los ojos, y empezó a dejarse caer al suelo—. Los guardias nos pararán.

Joseph la sostuvo.

—Los guardias están borrachos en la celebración. No hay nadie. Podemos irnos, si nos vamos ya.

—Pero no hay adónde ir —Marie agitó la cabeza. Mantuvo los ojos cerrados. No quería ver.

—Sí lo hay. Como a 10 kilómetros al oeste hay un centro para chicas. Oí a los soldados hablando de ello antes de que me soltaran. Está donde se unen los ríos.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy —Joseph miró nerviosamente hacia la puerta principal de la casa—. Eso fue lo que dijeron. Tenemos que ir allí. Rápido, antes de que sea demasiado tarde. Sé fuerte. Sé fuerte por mí.

Por sólo un segundo, no más de un abrir y cerrar de ojos, la voz de Joseph se volvió a convertir en la de su padre. La mente de Marie se aclaró. Estaba lista para irse.

—Seré fuerte, padre —dijo en un susurro, casi para sí—. Seré muy fuerte.

—¿Qué has dicho? —preguntó Joseph al mismo tiempo que sentía que su amiga se recuperaba. La soltó sabiendo que no se caería.

De repente, oyeron voces y risas de hombres procedentes de la calle. El Coronel traía a sus amigos.

—Vamos, Joseph —dijo Marie—. Tenemos que irnos ya.

Marie y Joseph saltaron por la ventana. Corrieron tan rápido como pudieron, atravesaron la maleza y subieron una pequeña colina que había detrás de la casa. Corrieron



más rápido que nunca antes. Cuando alcanzaron la cima, se pararon para coger aire. Al mirar atrás, los dos vieron la cara del coronel en la ventana, les había visto.

—¡Vámonos, vámonos! — gritó Joseph.

Mientras bajaban por la otra cara de la colina, oyeron la campana que los rebeldes usaban como alarma repicando sin cesar en la dulce brisa nocturna.

El terreno al otro lado de la colina, había sido talado para obtener madera. Ahora, estaban como a un kilómetro de la jungla. Si conseguían llegar, si podían adentrarse lo suficiente en la selva, tendrían una oportunidad.

En el campamento, el Coronel chillaba a las tropas:

—¡Cien dólares americanos para quien encuentre a la chica!

Marie y Joseph atravesaron corriendo la hierba alta. El terreno se elevaba y descendía en una serie de pequeñas mesetas, demasiado pequeñas para llamarlas colinas. No podían ver a los rebeldes que les perseguían, pero sabían que estaban detrás de ellos.

En el poblado, los rebeldes corrían en todas direcciones.

—Quiero a la chica viva —gritaba el Coronel—. No hay dinero si no está viva.

Varios grupos de rebeldes subieron a los jeep o a furgonetas. Dos jeep empezaron a ascender por la pequeña colina detrás de la casa del Coronel.

Marie y Joseph se estaban acercando. Ahora se encontraban a tan sólo 250 metros de la selva y el resto del camino era cuesta abajo.

—Sigue corriendo, Marie. ¡Sigue corriendo! —gritó Joseph mientras se acercaban a lo que parecía un muro de árboles y de maleza.



Los jeep alcanzaron la cima de la colina. Los conductores no se detuvieron, sino que aceleraron y tocaron la bocina.

En ese momento, se encontraban a tan sólo 20 metros de la línea de árboles. Cuando por fin la alcanzaron, el ruido de los motores se oía muy cerca. Joseph y Marie traspasaron una maraña de ramas, entonces Joseph se detuvo.

—¿Qué haces? —Marie se paró a unos metros por delante—. ¡Vamos, Joseph!, ¡tenemos que irnos!

Los coches casi les habían alcanzado.

—Corre —dijo Joseph.



—*Corre rápido,  
Marie.*

Siempre fuiste más rápida, vete ya.

Los faros se acercaban e iluminaban la jungla con una luz verde extraña.

—Correremos juntos, como siempre —dijo Marie.

—No, están demasiado cerca. Nos alcanzarán.

—No me iré sin ti.

—Por favor, Marie —le rogó Joseph—, ¡corre! Vete ya. Tienes una oportunidad si corres rápido y no paras. Tienes que irte. No pueden tenernos a los dos. A los dos no.

Marie empezó a caminar de espaldas hacia la selva:

—Ven conmigo, Joseph. Te matarán. Sabes que te matarán.

—¿No lo entiendes? —dijo Joseph sin ninguna emoción—, ya lo han hecho.



Se volvió y salió de la jungla antes de que Marie pudiera decir nada más. Al hacerlo, los coches derraparon hasta que pararon.

Marie corrió, no sabía qué otra cosa podía hacer.

Cinco rebeldes salieron de un jeep, cuatro más del otro. Paul iba a la cabeza. Todos llevaban machetes. Joseph se quedó de pie, protegiéndose los ojos de la luz.

—¡Buenos días, amigos! —gritó Joseph, intentando parecer borracho. No pudo evitar mirar el sol que empezaba a despuntar al este. Estaba asombrado de su belleza sencilla, algo de lo que no se había dado cuenta antes.

—Creo que bebí demasiado güisqui y me perdí. ¿Podéis llevarme al campamento?

—¿Dónde está?, ¿dónde está Marie? —gritó Paul mientras agitaba el machete delante de Joseph. Había ido en el primer coche.

—¿Quién? —Joseph tambaleó.

—Has ayudado a Marie a escapar —Paul escupía las palabras—. Ahora lo vas a pagar. Te dije que el EPL también iría a por ti.

—Paul, Paul, Paul —Joseph agitó la cabeza—, no sé de qué me estás...

El primer machete alcanzó a Joseph bajo el pómulo, astillándole la mandíbula. El segundo fue directo en medio de la frente, abriéndole el cráneo. Lo demás no importaba.

En la jungla, Marie huía del alba.



# Epílogo

—¿C

uánto tiempo lleva aquí? —preguntó uno de los trabajadores del centro misionero para chicas de forma que la chica a la que observaban no pudiera oírles.

La chica estaba sentada en un sofá al otro lado de la sala. Había estado mirando fijamente por la ventana durante horas, como si estuviera esperando a alguien que sabía que nunca llegaría. Tenía los ojos de color marrón apagado, sin brillo ni esperanza.

—Llegó ayer —dijo el otro trabajador—. No ha dicho ni una palabra.

El primer trabajador se dio cuenta de que la piel de la chica estaba llena de moretones y heridas, y de que tenía el pelo enmarañado y lleno de barro.

—¿Por qué no la han bañado?

—Lo intentamos, pero cuando alguien la toca, empieza a gritar.

—Pobre niña, ha debido pasar por un infierno.

—O peor.

Los trabajadores empezaron a marcharse:

—Bueno —dijo el primero—, al menos está viva. Podían haberla matado.

En la ventana, Marie susurró tan bajo que sólo ella y sus sombras podían oír:

—¿No lo entiendes?, ya lo han hecho.





*Marie Ngonga  
tenía casi 13  
años.*

*Faltaba  
una semana  
para su cumpleaños.*





# Tu turno

Si quieres, tú puedes cambiar el mundo. Es tu decisión.

Todo lo que acabas de leer, y mucho peor, ha ocurrido, y está ocurriéndole a miles de adolescentes como tú cada día del año. Está sucediendo ahora mismo, mientras lees estas palabras. Estará sucediendo mientras vas al colegio, mientras cenas, mientras duermas esta noche. Ésta es la verdad.

Hay una razón por la que se ha escrito este libro. Hasta ahora, ninguna generación ha podido evitar que estas cosas tan horribles ocurran. Esperamos que, quizás, la tuya sea la primera.

Hace muchos años, los fundadores de las Naciones Unidas perseguían el objetivo de salvar a las futuras generaciones de los horrores de la guerra. Querían asegurar que cada hombre y cada mujer, cada niña y cada niño, tuvieran una oportunidad para vivir en paz y libertad. Éste sigue siendo todavía el objetivo de los que hoy en día trabajamos para las Naciones Unidas.

Los problemas a los que nos enfrentamos son difíciles, y las estadísticas asustan. Casi 30 millones de personas en el mundo han tenido que huir de sus casas, como Marie, debido a un conflicto. Alrededor de dos tercios son niños. Algunos de ellos han huido a otros países, mientras que otros están desplazados en el suyo. Durante los últimos diez años, dos millones de niños han sido asesinados, más de un millón han quedado huérfanos y seis millones han sido gravemente heridos o han quedado inválidos. Alrededor de 800 niños son asesinados o mutilados por las minas cada mes. A unos 300.000 menores de 18 años, como Joseph, les obligan a luchar, a matar y a morir como soldados en alrededor de 30 conflictos en todo el mundo.



Estas cifras representan a gente como tú, personas que pierden la vida y las cosas que poseen. Cuando están enfermos, no suele haber medicinas. Cuando tienen hambre, normalmente no hay comida. E incluso los que sobreviven físicamente han visto, experimentado o hecho cosas que les marcan emocionalmente para el resto de sus vidas.

Las Naciones Unidas intentan proteger a las víctimas inocentes de conflictos de diferentes formas. Hay un gran número de acuerdos internacionales que los gobiernos han ratificado. Algunos son: los Convenios de Ginebra, la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención sobre los Derechos del Niño. Además, alentamos a los gobiernos a que firmen otros acuerdos legales, como el Protocolo Facultativo de la Convención sobre los Derechos del Niño, que aumenta la edad mínima de reclutamiento de soldados de 15 a 18. Y también existe el proyecto de la Corte Penal Internacional, que asegurará que ningún crimen quede impune. Puedes profundizar sobre estos temas registrándote en la página web de las Naciones Unidas ([www.un.org](http://www.un.org)).

Pero no podemos limitarnos a esperar a que los tratados se firmen o las leyes se cumplan. Tenemos que salvar vidas ya. Este libro se creó en el seno de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios. (En las Naciones Unidas lo llamamos OCAH. La OCAH trabaja junto a otras organizaciones dentro de la familia de las Naciones Unidas, como el UNICEF, la Oficina del Alto Comisionado para los Refugiados y el Programa Mundial de Alimentos. También colabora con lo que llamamos organizaciones no gubernamentales (ONG) y la Cruz Roja para asegurar que las personas reciben la ayuda necesaria. Haz clic sobre “asuntos humanitarios” en la página web de la ONU para saber más sobre los colaboradores de la OCAH y lo que hacen para ayudar. Regístrate en otra página ([www.reliefweb.int](http://www.reliefweb.int)) para obtener información exhaustiva sobre las emergencias del momento.



Todos debemos trabajar para asegurar que Marie y los millones de niños como ella no queden olvidados. En 1997, el Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, nombró a un Representante Especial para la cuestión de los niños y los conflictos armados. El objetivo de esta oficina es asegurar la protección de los derechos de los niños en cualquier conflicto del mundo. Estos esfuerzos han llevado recientemente al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a reconocer que la protección de la infancia supone una parte vital de su mandato para mantener la paz y la seguridad.

### **¿CÓMO PUEDES AYUDAR?**

La realidad es que puedes ayudar de muchas formas, por ejemplo:

- Puedes fundar un Club Humanitario en tu colegio, y desde allí puedes trabajar en proyectos que ayuden a las víctimas inocentes de la guerra y la violencia;
- Puedes escribir artículos en el periódico de tu colegio sobre estos temas de forma que todos tus compañeros de colegio sepan lo que realmente pasa en el mundo;
- Puedes escribir a los periódicos, a la radio o a la televisión, y a estudios de cine pidiendo que se transmita de forma alta y clara lo que los niños sufren en el mundo;
- Puedes organizar una colecta y donar el dinero a organizaciones benéficas que ayuden a salvar las vidas de niños;
- Puedes escribir a los líderes de tu Gobierno pidiendo que apoyen tratados, leyes o programas humanitarios internacionales; y, si no, al menos
- Recuerda a Marie y a los muchos que hay como ella, de forma que el día que puedas elegir hacer ... hagas lo correcto.



Hay mucha gente aquí en las Naciones Unidas y en otras partes que quieren ayudar a los demás. Un buen lugar para buscar es el Ciberbús Escolar de las Naciones Unidas en <http://www.un.org/Pubs/CyberSchoolBus/spanish/>

Esta emocionante página web está diseñada para darte información sobre muchos temas humanitarios de importancia internacional, como los derechos humanos, las minas, el medio ambiente y la salud.

Nos gustaría saber cuáles son tus reacciones, tus ideas y tus experiencias, para nosotros es muy importante. Phyllis Lee y Jerry Piasecki trabajaron juntos en la creación y el desarrollo de este libro y este proyecto. Phyllis Lee es Jefa de la Unidad de Promoción de la OCAH y puedes contactar con ella en: [leep@un.org](mailto:leep@un.org). A Jerry Piasecki puedes encontrarle en [piasecki1@aol.com](mailto:piasecki1@aol.com).

Recuerda: si quieres ayudar, puedes hacerlo. Si quieres cambiar el mundo, está en tus manos.

